

DE LAS
PASIONES EN GENERAL

Y DE LA
NATURALEZA DEL HOMBRE (1)

PRIMERA PARTE

ART. 1.º Lo que es pasión respecto á un sujeto es siempre acción desde otro punto de vista.

En nada es tan defectuosa la ciencia de los antiguos como en lo que ha escrito sobre las pasiones. Aunque es esta una materia cuyo conocimiento ha sido considerado con especial predilección y aunque nada tenga de difícil, puesto que si todos sentimos pasiones no hay necesidad de observar lo externo para conocerlas, es tan poco y tan inverosímil lo que nos han enseñado los antiguos, que si queremos aproximarnos á la verdad debemos alejarnos de los caminos que para llegar á ella siguieron aquellos.

Por esta razón trataré el asunto como si nadie se

(1) Este tratado fué escrito en francés para la princesa Isabel, el año 1646. Algún tiempo después el autor lo revisó cuidadosamente y lo aumentó en más de una tercera parte. Se imprimió por primera vez en Amsterdam en el año 1649.

hubiera ocupado de él hasta el momento presente. Para comenzar diré que todo lo que los filósofos han dado en llamar pasión con respecto al sujeto en quien se produce el hecho que la constituye, es acción con respecto al que la produce: de suerte que por muy distintos que sean el agente y el paciente, la acción y la pasión no dejan de ser una misma cosa que tiene dos nombres porque puede referirse á dos sujetos.

ART. 2.º Para conocer las pasiones del alma es preciso distinguir las funciones de ésta de las del cuerpo.

Ningún sujeto obra contra nuestra alma de modo más inmediato que el cuerpo, al cual se halla íntimamente unido. En consecuencia, lo que en aquélla es una pasión, es en éste, por lo común, una acción. No hay mejor camino para llegar á un perfecto conocimiento de nuestras pasiones, que el examen de la diferencia que existe entre el alma y el cuerpo, con el fin de saber á cuál de los dos debe atribuirse cada una de las funciones que en nosotros se verifican.

ART. 3.º Qué regla hemos de seguir á ese efecto.

Todo lo que en nosotros experimentamos y puede existir también en seres inanimados, debemos atribuirlo al cuerpo; y todo lo que existe en nosotros y no podemos concebir que exista en un cuerpo debe ser atribuido al alma.

ART. 4.º. Que el calor y el movimiento de los miembros proceden del cuerpo y los pensamientos del alma.

Como no concebimos de ningún modo que el cuerpo piense, tenemos motivo suficiente para creer que toda especie de pensamientos que en nosotros existe pertenece al alma. Como no dudamos de que hay seres inanimados que pueden moverse tanto como nosotros y aun más, y que tienen tanto calor, por lo menos, como

nuestro cuerpo (la experiencia nos dice que la llama tiene más calor y movimiento que nuestros miembros) debemos creer que el calor y los movimientos que en nosotros observamos pertenecen al cuerpo en tanto no dependen del pensamiento.

ART. 5.º Que es un error el creer que el alma da calor y movimiento al cuerpo.

Debemos evitar muy cuidadosamente un error en que muchos han incurrido y que es la causa principal de que no se hayan explicado bien las pasiones y todo lo que al alma pertenece. Los cuerpos muertos se quedan fríos y carecen de movimientos y por eso se ha afirmado que era la ausencia del alma la que los privaba de movimiento y calor. No es cierto que éstos dependan del espíritu porque lo que ocurre es precisamente lo contrario : el alma se ausenta cuando cesa el calor del cuerpo y se corrompen los órganos destinados á moverlo.

ART. 6.º Qué diferencia hay entre un cuerpo viviente y un cuerpo muerto.

Evitemos el error anterior afirmando que la muerte no llega por la falta del alma sino porque se corrompe alguna de las principales partes del cuerpo. La diferencia entre el cuerpo de un hombre vivo y el de un hombre muerto es la misma que existe entre un reloj que se mueve por sí mismo que lleva en sí el principio corporal de los movimientos para cuya realización ha sido constituido y el mismo reloj cuando tiene rota una de sus piezas y el principio de su movimiento cesa de obrar.

ART. 7.º Breve explicación de las partes del cuerpo y de algunas de sus funciones.

Para hacer más inteligible la materia explicaré en pocas palabras la composición de la máquina de nuestro cuerpo. Todo el mundo sabe que tenemos corazón,

cerebro, estómago, músculos, nervios, arterias, venas y cosas semejantes á éstas. Todos sabemos que las viandas con que nos alimentamos, descienden al estómago y á los intestinos, toman su jugo y pasando por el hígado y por todas las venas se mezclan con la sangre y aumentan así la cantidad de ésta.

Los que hayan estudiado un poco de medicina saben cómo está compuesto el corazón y que toda la sangre en las venas puede fácilmente pasar de la vena cava al lado derecho de aquél y de allí al pulmón por el vaso llamado vena arterial; después del pulmón va al lado izquierdo del corazón por el vaso denominado arteria venosa, y, finalmente, pasa á la gran arteria cuyas ramificaciones se extienden por todo el cuerpo.

Aquellos, á quienes la autoridad de los antiguos no ha cegado por completo, y que conocen la opinión de Hervœus relativa á la circulación de la sangre, no dudan de que las arterias y las venas son á modo de arroyos por donde corre rápidamente; inicia su curso en la cavidad derecha del corazón por la vena arterial cuyas ramificaciones están esparcidas por todo el pulmón y unidas á las de la arteria venosa, por la cual pasa la sangre, del pulmón al lado izquierdo del corazón; después va á la gran arteria cuyas ramificaciones se extienden por todo el cuerpo y están unidas á las de la vena que llevan nuevamente la misma sangre á la cavidad derecha del corazón. De suerte que estas dos cavidades son á manera de esclusas por las que pasa toda la sangre á cada vuelta que da en el cuerpo.

Todos los movimientos de los miembros dependen de los músculos y estos músculos se oponen mutuamente, de tal modo que cuando uno de ellos se acorta atrae hacia sí la parte del cuerpo á que está adherido, haciendo así que se alargue al mismo tiempo el músculo opuesto. Si este último es el que se acorta hace que el primero se alargue y atraiga hacia sí la parte á que están adheridos.

Los movimientos de los músculos como los de todos los sentidos dependen de los nervios, que son como hilitos ó pequeños tubos que vienen del cerebro y contienen lo mismo que este cierto aire ó viento muy sutil al que llamamos espíritus animados.

ART. 8.º Cuál es el principio de todas estas funciones.

No se sabe, por lo general, de qué modo contribuyen á los movimientos y sensaciones, los espíritus animados y los nervios. Aunque ya he hablado de esto en otros escritos no dejaré de decir sucintamente que mientras vivimos hay en nuestro corazón un calor continuo que es una especie de fuego alimentado por la sangre de las venas. Este fuego es el principio corporal de todos los movimientos de nuestros miembros.

ART. 9.º Cómo se realiza el movimiento del corazón.

Su primer efecto es el de dilatar la sangre de que están llenas las cavidades del corazón; esta sangre necesitando ocupar un lugar más amplio pasa impetuosamente de la cavidad derecha á la vena arterial y de la izquierda á la gran arteria; cesa la dilatación y sangre nueva pasa de la vena cava á la cavidad derecha y de la arteria venosa á la izquierda. En las entradas de estos cuatro vasos hay telículas dispuestas de tal modo que la sangre no puede entrar en el corazón más que por las dos últimos ni salir más que por las dos primeras.

La sangre que nuevamente entra en el corazón se rarifica lo mismo que la anterior y esto explica el pulso y la palpitación de aquél y de las arterias; esta palpitación ó pulsación se repite cada vez que entra nueva sangre en el corazón que así comunica á aquella su movimiento y hace que pase rápida y continuamente por todas las venas y arterias llevando el calor adquirido en el corazón á las demás partes del cuerpo.

ART. 10. Cómo se producen en el cerebro los espíritus animados.

Lo más notable de todo esto es que las partes de sangre más vivas y sutiles entran de continuo y en gran cantidad en las cavidades del cerebro. La razón de que vayan allí y no á otro sitio es que la sangre que sale del corazón por la gran arteria toma su curso en

línea recta y en dirección al cerebro, pero no puede entrar toda la sangre porque los pasos son estrechos; sólo para la sangre más sutil y la demás se extienden por las otras partes del cuerpo.

Esta sangre tan sutil es la que compone los espíritus animados; no sufre en el cerebro ningún cambio, basta con la respiración de la sangre según su grado de sutileza. Los llamados espíritus animados son cuerpos, cuya única propiedad consiste en ser muy pequeños y moverse con mucha rapidez, como la llama que sale de una antorcha: no se detienen en ningún sitio y á medida que unos entran en las cavidades del cerebro, salen otros por los poros de su substancia; esos poros los conducen á los nervios, de ahí pasan á los músculos y mueven el cuerpo de todos los modos de que su movimiento es susceptible.

ART. 11. Cómo se verifican los movimientos de los músculos.

La causa de todos los movimientos de los miembros es que cuando algunos músculos se acortan sus opuestos se alargan; ya lo dijimos anteriormente. El que un músculo se acorte cuando otro se alargue es debido á que al primero va más espíritu del cerebro que al segundo. No es que los espíritus que vienen inmediatamente del cerebro basten para mover los músculos, pero determinan á los otros espíritus que están ya en los músculos á salir rápidamente de uno de ellos y á entrar en el otro. El músculo del cual salen se alarga y afloja y aquel en el cual entran se infla, se acorta y atrae al miembro á que está adherido.

Hay muy pocos espíritus animados que vayan del cerebro á cada uno de los músculos, pero hay muchos dentro de éstos que se mueven con gran rapidez, unas veces dando vueltas en el sitio donde se hallan, cuando no encuentran pasos abiertos por donde salir, y otras pasando al músculo opuesto. Los espíritus animados pueden ir de uno á otro músculo por pequeñas aberturas dispuestas de tal modo que cuando los que vienen del cerebro hacia uno de ellos tienen más fuerza que los que van hacia el otro, abren todas las entradas

por donde los espíritus pueden pasar á un músculo y cierran las de éste, reuniéndose los espíritus de los dos en un solo músculo que es el que se hincha y acorta en tanto que el otro se alarga y afloja.

ART. 12. Cómo obran contra los sentidos los objetos exteriores.

Vamos á exponer aquí las causas de que los espíritus del cerebro no vayan siempre del mismo modo á los músculos dirigiéndose á unos con preferencia á otros.

Una de esas causas es la acción del alma, como luego veremos; pero hay otras dos causas que dependen no del alma sino del cuerpo y de éstas hablaremos ahora.

La primera consiste en la diversidad de movimientos que en los sentidos excitan sus respectivos objetos. De esa diversidad me ocupé ya en la *Dióptrica*, pero á fin de que los lectores de este tratado no tengan necesidad de leer otras obras, repetiré aquí que en los nervios hay que considerar tres cosas: la médula ó substancia interior que se extiende en forma de filamentos ó hilillos desde el cerebro hasta las extremidades de los otros miembros á las cuales se ligan los filamentos; las películas, que los rodean, contiguas á las que envuelven el cerebro, formándose por esta proximidad á modo de pequeños tubos en que están encerrados aquellos hilillos; y, por fin, los espíritus animados que, conducidos por esos tubitos desde el cerebro hasta los músculos, son causa de que los filamentos queden enteramente libres y extendidos, de tal modo que la menor cosa que mueve la parte del cuerpo, á que la extremidad de alguno de ellos está ligada, mueve también la parte de cerebro, de que procede, de la misma manera que cuando se tira de un extremo de una cuerda, se mueve también la otra.

ART. 13. Que esta acción ejercida por los objetos exteriores puede conducir los espíritus á los músculos de modo muy diverso.

En la *Dióptrica* he explicado cómo nos comunicamos con los objetos que vemos. Por el intermedio de los cuerpos transparentes situados entre ellos y nosotros,

mueven los filamentos de los nervios ópticos del fondo de nuestros ojos y en seguida los sitios del cerebro de donde proceden estos nervios. Los mueven de tan diversas maneras que por eso se explica la diversidad de lo que vemos. Los movimientos que representan en el alma los objetos, no son los producidos en el ojo, sino los producidos en el cerebro.

Los sonidos, los olores, los sabores, el calor, el dolor, el hambre, la sed y, en general, todos los objetos, tanto de nuestros sentidos exteriores como de nuestros apetitos interiores, excitan algún movimiento en los nervios que se transmite al cerebro. Estos diversos movimientos del cerebro hacen ver á nuestra alma diversas sensaciones y aun prescindiendo de ella pueden hacer que los espíritus se dirijan á ciertos músculos con preferencia á otros, moviendo así nuestros miembros. Lo probaré valiéndome de un ejemplo.

Si un amigo acerca rápidamente su mano á nuestros ojos haciendo ademán de pegarnos, aunque estemos convencidos de que es un verdadero amigo, y, por conocimiento que sólo en broma puede amenazarnos, nos es casi imposible no cerrar los ojos. Esto nos demuestra que no se cierran por el intermedio del alma, puesto que los cerramos contra nuestra voluntad; la máquina de nuestro cuerpo está compuesta de tal manera que el movimiento de la mano al amenazar á los ojos, excita otro movimiento en nuestro cerebro, que conduce los espíritus animados á los músculos haciendo bajar lo párpados.

ART. 14. Que la diversidad que existe entre los espíritus puede también diversificar su curso.

Otra causa que conduce de distinto modo los espíritus animados á los músculos, es la desigual agitación de esos espíritus y la diversidad de sus partes. Cuando algunas de estas son de mayor tamaño y se agitan más que las otras, avanzan más en línea recta en las cavidades y poros del cerebro y llegan á músculos á que no llegarían si tuvieran menos fuerza.

ART. 15. Cuáles son las causas de su diversidad.

Esta desigualdad puede proceder de las diversas materias de que están compuestos. En los que han bebido mucho vino puede observarse que los vapores de éste, entrando rápidamente en la sangre y subiendo del corazón al cerebro en donde se convierten en espíritus, mucho más fuertes y abundantes que los ordinarios, son capaces de mover el cuerpo de los modos más extraños.

Esta desigualdad de los espíritus puede proceder también de las distintas posiciones del corazón, del hígado, del estómago y de todos los demás órganos que contribuyen á su producción. Ciertos pequeños nervios insertos en la base del corazón sirven para ensanchar y estrechar las concavidades y, por esto, la sangre se dilata más ó menos produciendo espíritus diversamente dispuestos.

Además, la sangre que entra en el corazón procedente de los demás sitios del cuerpo, llega empujada de algunas partes con más fuerza que de otras porque los nervios y los músculos que corresponden á estas partes la oprimen á agitan más, siendo causa esta diferencia de que al llegar la sangre al corazón se dilate más ó menos y produzca espíritus de cualidades distintas. Así, la sangre que viene de la parte inferior del hígado, se dilata de otra suerte que la que procede del bazo; y ésta no se dilata de igual modo que la que viene, de las venas de los brazos ó de las piernas ó que el jugo de las viandas cuando al salir nuevamente del estómago y de los intestinos pasa con rapidez por el hgado para llegar al corazón.

ART. 16. Cómo todos los miembros pueden ser movidos por los objetos de los sentidos y por los espíritus sin la ayuda del alma.

No hay que perder de vista que la máquina de nuestro cuerpo está compuesta de tal forma que todos los cambios que ocurren en el movimiento de los espíritus,

son causa de que algunos poros del cerebro se abran más que los otros y recíprocamente que cuando alguno de los poros se abre más que de ordinario por la acción de los nervios que sirven á los sentidos, experimenta cierta variación el movimiento de los espíritus, los cuales son conducidos á los músculos que mueven el cuerpo del modo ordinario con ocasión de una acción semejante. De suerte que todos los movimientos que en nosotros se verifican sin que nuestra voluntad contribuya á ellos (así respiramos, andamos, comemos y efectuamos todos los actos que son comunes á los animales) no dependen más que de la conformación de nuestros miembros y del curso que los espíritus, excitados por el calor del corazón, siguen naturalmente en el cerebro, en los nervios y en los músculos, á la manera del movimiento de un reloj que no depende más que de la fuerza de su resorte y de la figura de sus ruedas.

ART. 17. Cuáles son las funciones del alma.

Después de conocer todas las funciones que sólo al cuerpo pertenecen, fácil es comprender que lo único que podemos atribuir al alma son nuestros pensamientos. Estos son de dos clases principales, una constituida por los actos del alma y la otra por sus pasiones.

Los primeros son todas nuestras voliciones: experimentamos que vienen directamente del alma y parece que sólo de ella dependen. Llamamos pasiones á todos las especies de conocimientos ó percepciones de nuestro espíritu; con frecuencia no es el alma la que las produce sino que las recibe de las cosas que esos conocimientos ó percepciones representan.

ART. 18. De la voluntad.

Nuestras voliciones son de dos clases: actos del alma que terminan en el alma misma, como cuando queremos amar á Dios ó aplicar nuestro pensamiento á un objeto que no es material; actos del alma que termi-

nan en nuestro cuerpo, como cuando queremos dar un paseo. Decimos que termina la acción en nuestro cuerpo porque para que la volición se realice es preciso que movamos las piernas y andemos, si se trata del ejemplo que hemos puesto.

ART. 19. De las percepciones.

Las percepciones son también de dos clases : las de la primera tienen por causa al alma ; las de la segunda al cuerpo. Las que tienen al alma por causa son las percepciones de nuestras voluntades y de todas las fantasías y pensamientos que de ella dependen.

Es indudable la imposibilidad de querer alguna cosa que no hayamos percibido por el mismo medio que la queremos ; y aunque con respecto al alma no sea eso más que el acto de querer alguna cosa, puede afirmarse que es también una pasión, porque siendo una lo mismo esa percepción y esa volición, la denominación elegida no expresa una sola cosa ; si la costumbre ha hecho que se emplee como denominación la palabra acción débese á que es más noble que la palabra pasión.

ART. 20. De las fantasías y demás pensamientos formados por el alma.

Cuando el alma se aplica á imaginar algo que no existe, por ejemplo un palacio encantado ó cualquiera otra quimera, y cuando se aplica á considerar alguna cosa que es sólo inteligible y no imaginable, como si considera su propia naturaleza, las percepciones que tiene de estas cosas dependen principalmente de la voluntad que hace que las perciba ; por eso comúnmente se califican como acciones y no como pasiones.

ART. 21. De las fantasías que tienen por causa el cuerpo.

La mayor parte de las percepciones causadas por el cuerpo dependen de los nervios ; pero hay algunas que

no se hallan en este caso, llamadas figuraciones ó fantasías como las que he explicado en el artículo anterior, de las cuales difieren en que nuestra voluntad no las forma y, por tanto, no pueden ser incluídas en el número de los actos del alma; proceden de que los espíritus están muy distintamente agitados y al encontrar las huellas de diversas impresiones, toman un curso fortuito ó accidental por unos poros con preferencia á otros. Tales son las ilusiones de nuestros sueños y aun las de la vigilia cuando nuestro pensamiento errante se aparta de la realidad.

Algunas de estas figuraciones ó fantasías pueden considerarse como pasiones del alma tomando la palabra en su perfecta y propia significación; pero empleándola en un sentido general, comprendiendo todas las fantasías de que hemos hablado es preciso tener en cuenta ciertas diferencias, porque aquellas no tienen una causa tan notable y determinada como la de las percepciones que el alma recibe por el intermedio de los nervios y porque vienen á ser como la sombra, la pintura de estas últimas.

ART. 22. De la diferencia que existe entre las otras percepciones.

Las percepciones que aun no he explicado llegan al alma por el intermedio de los nervios. La diferencia entre ellas consiste en que unas las referimos á los objetos exteriores que impresionan los sentidos y las otras las referimos al alma.

ART. 23. De las percepciones que referimos á los objetos exteriores

Estas percepciones son causadas, al menos cuando no es falsa nuestra creencia, por los objetos que excitando algunos movimientos en los órganos de los sentidos exteriores excitan también el cerebro por el intermedio de los nervios, los cuales hacen que el alma sienta esos objetos. Así, cuando vemos la luz de una antorcha y oímos el sonido de una campana, este so-

nido y esta luz son dos diversas acciones que excitan dos movimientos también diversos en algunos de nuestros nervios y por medio de éstos en el cerebro, produciendo en el alma dos sensaciones diferentes que de tal modo referimos á los objetos exteriores, que pensamos ver la misma antorcha y oír la campana cuando, en realidad, lo que sucede es que sentimos los movimientos causados por esas cosas.

ART. 24. De las percepciones que referimos á nuestro cuerpo.

Las percepciones que referimos á nuestro cuerpo ó las partes del mismo son las que tenemos del hambre, de la sed y de nuestros demás apetitos naturales. Á éstas podemos agregar el dolor, el calor y las otras afecciones que sentimos como en nuestros miembros y no en objetos extremos. Así, podemos sentir, al mismo tiempo y por el intermedio de los mismos nervios, la frialdad de nuestra mano y el calor de la llama próxima á nosotros, ó al contrario, el calor de la mano y el frío del aire á que está expuesta, sin que haya diferencia alguna entre las acciones que nos hacen sentir el calor ó el frío de la mano y las que nos hacen sentir el frío ó el calor del exterior. Lo que pasa es que como una de estas acciones es posterior á la otra, juzgamos que la primera está en nosotros y la segunda en el objeto que la causa.

ART. 25. De las percepciones que referimos al alma.

Las percepciones que referimos exclusivamente al alma son aquellas cuyos efectos se sienten como en el alma misma y de las cuales no conocemos comúnmente ninguna causa próxima á la que podamos subordinarlas : tales son los sentimientos de alegría, cólera y otros semejantes, excitados algunas veces por los objetos que mueven nuestros nervios y otras por causas diferentes. Aunque todas nuestras percepciones, tanto las que referimos á los objetos exteriores como las que

subordinamos á las afecciones del cuerpo, son verdaderamente pasiones respecto al alma cuando tomando esta palabra en su más amplia acepción, se restringe su significado comprendiendo en él únicamente á las que se refieren al alma misma. Estas últimas son las que he intentado explicar aquí con el nombre de pasiones del alma.

ART. 26. Que las figuraciones ó fantasías que no dependen más que del movimiento fortuito de los espíritus pueden ser tan verdaderas pasiones como las percepciones que dependen de los nervios.

Las mismas cosas que el alma percibe por el intermedio de los nervios pueden ser presentadas por el curso fortuito de los espíritus, con la única diferencia de que las impresiones que por los nervios llegan al cerebro son por lo general más vivas, más claras que las que excitan los espíritus; por esta razón he dicho en el artículo 21 que las últimas son como la sombra y la pintura de las primeras. Puede y suele suceder que esta pintura es tan semejante á la cosa representada, que nos equivocamos en las percepciones que referimos á los objetos exteriores ó á las partes de nuestro cuerpo; pero nunca ocurre lo mismo en lo relativo á las pasiones porque están tan próximas á nosotros, son tan íntimas, que es imposible de todo punto que las sintamos sin que sean realmente tales como las sentimos. Dormidos y aun despiertos imaginamos ver ó sentir en nosotros ciertas cosas que ninguna realidad tienen; pero dormidos ó despiertos no podemos estar tristes ó afectados por cualquiera otra pasión sin que el alma lleve en sí la tristeza ó la pasión de que se trate.

ART. 27. La definición de las pasiones del alma.

Después de determinar la diferencia que existe entre las pasiones del alma y sus otros pensamientos, creo que podemos definir las diciendo que son las percepciones, sentimientos ó emociones del alma, que se refieren

particularmente á ella y que son causadas, sostenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus.

ART. 28. Explicación de la primera parte de esta definición.

Podemos emplear la palabra *percepciones* para denominar las pasiones del alma cuando con ella expresamos los pensamientos que no son acciones ó voliciones, pero no cuando queremos significar conocimientos evidentes; porque la experiencia nos enseña que los más agitados por sus pasiones no son los que mejor las conocen y que éstas pertenecen al número de las percepciones confusas y oscuras por la estrecha alianza entre el alma y el cuerpo.

Las llamamos *sentimientos* porque son recibidas en el alma del mismo modo que los objetos de los sentidos externos y conocidas de igual manera que éstos.

Finalmente, las denominamos *emociones* del alma porque este nombre puede darse á todos los cambios que en ella se verifican, es decir, á todos los pensamientos, y porque las pasiones son de estos pensamientos los que con más fuerza conmueven el alma.

ART. 29. Explicación de la otra parte.

Digo en la definición que se refieren particularmente al alma para distinguirlas de las otras sensaciones que referimos bien á los objetos exteriores como los olores, los calores, los sonidos, bien á nuestro cuerpo como el hambre, la sed, el dolor.

Añado que son causadas, sostenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus á fin de distinguirlas de las voliciones, que pueden denominarse emociones del alma que á ella se refieren; y de diferenciarlas de las demás sensaciones explicando su última y más próxima causa.

ART. 30. Que el alma está unida conjuntamente á todas las partes del cuerpo.

Para comprender perfectamente lo que venimos diciendo es preciso saber que el alma está unida á todo el

cuerpo no pudiendo afirmarse que lo es, á una de sus partes con exclusión de las otras porque es uno y en cierto modo indivisible; porque la disposición de sus órganos es tal que cuando alguno de ellos se suprime queda defectuoso el cuerpo; y, finalmente, porque el alma es de una naturaleza que ninguna relación guarda con la extensión ni con las dimensiones ó propiedades de la materia de que se compone nuestro cuerpo.

El alma está relacionada con el conjunto de los órganos. Imposible es concebir la mitad ó la tercera parte de un alma, ó la extensión que ocupa en el espacio. No se hace más pequeña porque falte alguna parte del cuerpo : pero se separa de éste cuando se destruye la armonía de los órganos.

ART. 31. Que hay en el cerebro una pequeña glándula en la cual el alma ejerce sus funciones de un modo más notable que en las demás partes del cerebro.

Aunque el alma está unida á todo el cuerpo, hay en él un sitio en el cual ejerce sus funciones más particularmente que en los demás. Comúnmente se cree que ese sitio es el cerebro ó tal vez el corazón; el cerebro, porque á él se refieren los órganos de los sentidos; y el corazón, á causa de que en él se sienten las pasiones. Si examinamos con detenimiento la cuestión, reconocemos con toda evidencia que la parte del cuerpo en la que ejerce el alma sus funciones de un modo inmediato, no es el corazón, ni siquiera todo el cerebro, sino solamente la más interior de las partes de éste, la cual está constituida por cierta pequeña glándula situada en medio de la substancia de aquél y suspendida de tal manera sobre el conducto de comunicación de los espíritus de las cavidades anteriores con los de las posteriores, que los menores movimientos causados en ella influyen grandemente para cambiar el curso de estos espíritus, y, viceversa, los más pequeños cambios en el curso de los espíritus influyen en los movimientos de la glándula.

ART. 32. Cómo se conoce que esta glándula es el principal asiento del alma.

Hay una razón poderosísima que me persuade de que únicamente en esta glándula puede el alma ejercer sus funciones de un modo inmediato.

Las otras partes de nuestro cerebro son todas dobles.

Asímismo, son dobles los órganos de nuestros sentidos externos : tenemos dos ojos, dos orejas, dos manos. De una misma cosa, en un momento determinado, sólo podemos tener un pensamiento; luego, necesario es que haya algún lugar en donde las dos imágenes de los ojos ó las dos impresiones de un solo objeto transmitidas por los órganos nobles de los otros sentidos se fundan en una antes de llegar al alma á fin de que no representen á ésta dos objetos en vez de uno.

Esas imágenes ó impresiones se reúnen en la glándula por el intermedio de los espíritus que llenan las cavidades del cerebro. En ningún sitio pueden unirse tan perfectamente como en la glándula.

ART. 33. Que el asiento de las pasiones no es el corazón.

La opinión de los que creen que el alma recibe sus pasiones en el corazón tiene por único fundamento las alteraciones de éste causadas por aquellas; pero hay que observar un hecho de capital importancia para la explicación de este punto, y es que, si bien sentimos en el corazón esas alteraciones, hay un pequeño nervio que las transmite del cerebro. Del mismo modo, cuando experimentamos un dolor en el pie son los nervios del pie los que sirven de intermediarios : si percibimos los astros en la inmensidad del cielo es por la mediación de su luz y de los nervios ópticos. Así como no es necesario que nuestra alma ejerza inmediatamente sus funciones en el corazón para sentir en él las pasiones, tampoco es necesario que esté en el cielo para ver en él los astros.

ART. 34. Cómo se establece la relación entre el alma y el cuerpo.

El alma — ya lo hemos dicho — tiene su principal asiento en la pequeña glándula situada en medio del cerebro. Desde allí irradia al resto del cuerpo por el intermedio de los espíritus, de los nervios y hasta de la sangre que participando de las impresiones de los primeros los conduce por las arterias á todos los miembros.

Recordemos lo que hemos explicado relativamente á la máquina de nuestro cuerpo. Los pequeños filamentos de los nervios están de tal manera distribuidos por todas partes, que con ocasión de los diversos movimientos excitados por los objetos sensibles, abren de distinto modo los poros del cerebro; los espíritus animados contenidos en las cavidades entran en los músculos por cuyo medio pueden mover los miembros en todas las direcciones de que es susceptible su movimiento. Las causas que de diversa manera mueven á los espíritus bastan para conducirlos á diversos músculos.

La pequeña glándula — principal asiento del alma — está suspendida entre las concavidades en que se contienen los espíritus y puede ser movida por ellos de tan diferentes modos cuantas son las diferencias sensibles de los objetos. Puede también ser movida por el alma y ésta recibe tantas percepciones distintas cuantos han sido los distintos movimientos producidos en la glándula.

La máquina del cuerpo tiene tal composición que cuando esa glándula es movida por el alma ó por cualquiera otra causa, empuja los espíritus que la rodean en dirección á los poros del cerebro y por los nervios llegan á los músculos y ocasionan el movimiento de los miembros.

ART. 35. Ejemplo del modo de unión de las impresiones de los objetos en la glándula que está en medio del cerebro.

Quando vemos á cualquier animal (y este es el ejemplo) la luz reflejada de su cuerpo pinta dos imágenes, una en cada ojo, y estas dos imágenes por el intermedio de

los nervios ópticos, forman otras dos en la superficie interior del cerebro que mira á las cavidades; los espíritus que contienen estas hacen que las dos imágenes irradian de tal suerte en la pequeña glándula, que el movimiento que compone cada punto de una de las imágenes tiende al mismo punto de la glándula hacia el cual tiende el movimiento que forma el punto de la otra imagen que representa la misma parte del cuerpo del animal. Por eso las dos imágenes del cerebro no componen en la glándula más que una y ésta al obrar inmediatamente contra el alma hace que vea la figura del animal.

ART. 36. Ejemplo del modo de excitarse las pasiones en el alma.

Si la figura es muy extraña ó espantosa, es decir, si tiene relación con las cosas que han sido perjudiciales para el cuerpo, se excita en el alma la pasión del temor y en seguida la del atrevimiento ó bien la del miedo, según el diverso temperamento del cuerpo ó la fuerza de alma y según que en otras ocasiones se haya garantido defendiéndose ó huyendo de las cosas dañosas con que se relaciona la impresión presente.

En algunos hombres produce tales efectos esta impresión y de tal manera dispone su cerebro, que los espíritus reflejados de la imagen formada sobre la glándula, se dirigen parte á los nervios que sirven para volver la espalda y mover las piernas para huir y parte á los que ensanchan ó estrechan los orificios del corazón ó agitan de tal suerte las otras partes de donde viene la sangre, que esta sangre, rarificándose de modo muy distinto al ordinario, envía al cerebro espíritus aptos para sostener y fortificar la pasión del miedo y que mantienen abiertos ó abren de nuevo los pasos del cerebro que los conduce á los nervios. En cuanto los espíritus entran en los poros excitan un movimiento particular de la glándula, instituido por la naturaleza para hacer sentir al alma aquella pasión. Como esos poros se relacionan principalmente con los pequeños nervios que sirven para ensanchar ó estrechar los orificios del corazón, en éste es donde el alma parece sentir la pasión.

ART. 37. Que todas las pasiones son causadas por algún movimiento de los espíritus.

Lo mismo que en la anterior ocurre en las demás pasiones, es decir, que son causadas principalmente por los espíritus contenidos en las cavidades del cerebro, ya se dirijan á los nervios que ensanchan ó estrechan los orificios del corazón ya empujen hacia éste la sangre de las otras partes del cuerpo. De cualquier modo que esto se verifique, puede comprenderse claramente la razón que he tenido para afirmar en la definición de las pasiones que son causadas por algún movimiento particular de los espíritus.

ART. 38. Ejemplo de movimiento del cuerpo que acompañan á las pasiones y no dependen del alma.

Del mismo modo que el curso que los espíritus siguen para llegar al corazón, basta para producir en la glándula el movimiento que lleva el miedo al alma, algunos espíritus, que se dirigen al mismo tiempo á los nervios que impulsan á las piernas á huir, causan otro movimiento en la misma glándula por medio del cual el alma siente y percibe esta fuga que puede ser excitada en el cuerpo por la sola disposición de los órganos y sin la intervención del alma.

ART. 39. Cómo una misma causa puede excitar diversas pasiones en diversos hombres.

La misma impresión que la presencia de un objeto temible produce en la glándula y causa el miedo en algunos hombres, puede excitar en otro el atrevimiento y el valor. Todos los cerebros no están dispuestos del mismo modo y por eso el movimiento de la glándula, que en uno excita el miedo, hace en otros que los espíritus entren en los poros del cerebro que los conducen, parte á los nervios que sirven para agitar las manos en la defensa y parte á los que empujan la san-

gre en dirección al corazón en la forma requerida para producir espíritus apropiados á la continuación de la defensa y á la energía de la lucha.

ART. 40. Cuál es el principal efecto de las pasiones.

El principal efecto de todas las pasiones en los hombres es el de incitar y disponer su alma á querer las cosas para las cuales preparan el cuerpo; así, el sentimiento del miedo incita á querer huir, el del valor á querer combatir y efectos análogos producen las demás pasiones.

ART. 41. Cuál es el poder del alma respecto al cuerpo.

La voluntad es libre por naturaleza y, por consiguiente, no puede ser obligada. Pero hay que distinguir en el alma dos clases de pensamientos: las acciones, es decir, las voliciones y las pasiones (empleamos aquí esta palabra en su más amplia acepción, y, por tanto, comprende todo género de percepciones). Las primeras están por completo sometidas al poder del alma y sólo de una manera indirecta sienten la influencia del cuerpo. Las segundas dependen en absoluto de las acciones que las conducen y únicamente de una manera indirecta pueden ser modificadas por el alma á no ser que esta misma sea la causa de ellas.

Cuando el alma quiere alguna cosa, hace que la pequeña glándula á que está estrechamente unida se mueva del modo requerido para producir el efecto á que se refiere el acto volitivo.

ART. 42. Cómo encontramos en la memoria las cosas de que queremos acordarnos.

Cuando el alma quiere acordarse de alguna cosa, esta volición es causa de que la glándula, inclinándose sucesivamente en diversos sentidos, empuje los espíritus en diferentes direcciones hasta que encuentren el sitio

en donde se hallan las huellas que ha dejado el objeto de que queremos acordarnos. Estas huellas son los poros del cerebro por los cuales siguieron los espíritus su curso motivado por la presencia, en otro tiempo, del objeto que deseamos recordar; esos poros tienen, como es natural, mayor facilidad que los demás para abrirse de nuevo por la acción de los espíritus que á ellos se dirigen; de suerte, que los espíritus al encontrar los poros por segunda vez entran en ellos con más facilidad que en los otros y excitan un movimiento particular en la glándula que representa al alma al mismo objeto y le hace conocer que es el mismo de que quería acordarse.

ART. 43. Cómo el alma puede imaginar, estar atenta y mover el cuerpo.

Cuando se quiere imaginar alguna cosa que nunca se ha visto, esta volición tiene el poder suficiente para hacer que la glándula semueva del modo requerido para empujar los espíritus hacia los poros del cerebro por cuyas aberturas puede ser representada la cosa que deseamos imaginar.

Cuando queremos retener la atención durante algún tiempo en un objeto determinado, esta volición, retiene la glándula inclinada en el mismo sentido, durante todo el tiempo que la atención permanece fija.

Cuando queremos andar ó mover el cuerpo en alguna dirección, la glándula empuja los espíritus hacia los músculos respectivos.

ART. 44. Que cada volición va naturalmente unida á algún movimiento de la glándula; pero que por habilidad ó por costumbre se puede unir á otros.

No está siempre en nuestro poder el excitar en nosotros un movimiento determinado ó producir un efecto que sirva para excitarlo; pero la naturaleza ó el hábito han unido los diversos movimientos de la glándula con los diversos pensamientos. Así, si queremos disponer

nuestros ojos de modo que vean un objeto muy lejano, esta volición es causa de que las pupilas se ensanchen; si el objeto de que se trata, en lugar de estar, muy lejos lo tenemos muy cerca, las pupilas se estrechan. Ahora bien, si por capricho, nada más, queremos ensanchar la pupila, no lo conseguiremos porque la naturaleza ha unido el movimiento de la glándula, que sirve para empujar los espíritus al nervio óptico en la forma requerida para ensanchar ó estrechar la pupila, no con la volición de ensancharla ó estrecharla, sino con la de mirar los objetos lejanos ó próximos.

Aun cuando al hablar no pensemos más que en el sentido de lo que queremos decir, movemos los labios y la lengua más rápidamente y mejor que si nos preocupáramos de moverlos en todas las formas necesarias para proferir las mismas palabras. El hábito, que hemos adquirido al aprender hablar, ha hecho que unamos la acción del alma, que por el intermedio de la glándula puede mover la lengua y los labios, con la significación de las palabras nacidas de esos movimientos, más bien que con los movimientos mismos.

ART. 45. Cuál es el poder del alma en relación con sus pasiones.

Nuestras pasiones no pueden ser excitadas ni suprimidas por la acción de la voluntad; pero pueden serlo indirectamente por la representación de cosas que por lo general van unidas á las pasiones que queremos tener y son opuestas á las que queremos rechazar.

Si queremos excitar, en nuestro espíritu, el sentimiento del valor y desarraigar, por tanto, el de la cobardía, no basta que queramos; es preciso que tengamos en cuenta las razones, las cosas ó los ejemplos que sirvan para persuadirnos de que el peligro no es grande; de que hay más seguridad en la defensa que en la fuga; que el vencedor goza de la gloria y de la alegría de haber vencido y el cobarde sufre la vergüenza y la ignominia de su derrota. Con estas cosas y otras semejantes podemos excitar en nuestro espíritu el sentimiento del valor.

ART. 46. Cuál es la razón que impide al alma ser dueña absoluta de sus pasiones.

Hay una razón particular que impide al alma alterar ó detener el curso de sus pasiones y esta razón es la que me hizo inducir en la definición de aquellas que no solamente podían ser causadas, sino también sostenidas y fortificadas por algún movimiento particular de los espíritus. Consiste esa razón en que todas ellas van acompañadas de alguna emoción que se produce en el corazón, y, por tanto, en la sangre y en los espíritus, de tal suerte que hasta que cesa la emoción, las pasiones están presentes á nuestro pensamiento, del mismo modo que los objetos sensibles mientras impresionan los órganos de nuestros sentidos.

El alma, concentrando su atención en alguna cosa, puede dejar de oír un pequeño ruido y no sentir un ligero dolor; pero nunca podrá impedir que percibamos el ruido del trueno ó que sintamos el calor del fuego que nos abrasa la mano. Lo mismo ocurre con las pasiones. El alma se sobrepone con facilidad á las pequeñas; pero no á las más violentas y fuertes, sino hasta después de calmada la emoción de la sangre y de los espíritus.

Todo lo que la voluntad puede hacer mientras esa emoción está en su apogeo, es impedir sus efectos y retener varios de los movimientos á que el cuerpo se halla dispuesto en aquel momento. Por ejemplo, si la ira hace levantar la mano para pegar, la voluntad puede retenerla casi siempre; si el miedo incita á huir, puede la voluntad detener esta huida.

ART. 47. En qué consisten los combates que se suponen entre la parte inferior y la superior del alma.

En la repugnancia que existe entre los movimientos que el cuerpo con sus espíritus y el alma con su voluntad, tienden á excitar al mismo tiempo en la glándula, consisten todos los combates que se imaginan entre la

parte inferior del alma, llamada sensitiva, y la superior ó racional, entre los apetitos naturales y la voluntad.

No hay en nosotros más que un alma y esta única alma no contiene diversidad de partes; la misma que es sensitiva es racional y todos sus apetitos son voliciones.

El error cometido al suponer en ella partes distintas y aun contradictorias, procede de que sus funciones no se han diferenciado de las del cuerpo con la debida precisión. Sólo á éste ha de atribuirse todo lo que en nosotros observemos que sea opuesto á la razón.

Esos combates librados por las partes del alma son puramente imaginarios. Lo que ocurre es que la pequeña glándula, situada en el centro del cerebro, puede ser empujada por el alma en una dirección y en otra por los espíritus animados que en definitiva no son más que cuerpos; como esas dos impulsiones son contrarias, la más fuerte impide el efecto de la otra.

Podemos distinguir dos clases de movimientos excitados en la glándula por los espíritus; los unos representan al alma los objetos que mueven á los sentidos ó las impresiones que se encuentran en el cerebro y no realizan ningún esfuerzo sobre la voluntad; los otros son los que si lo realizan y causan las pasiones ó los movimientos del cuerpo que las acompañan.

En cuanto á los primeros, aunque impiden frecuentemente las acciones del alma ó son impedidos por ellas, no observamos combate alguno, á causa de que no son directamente contrarios. Los combates existen entre los últimos y las voliciones que les repugnan; por ejemplo, entre el esfuerzo de los espíritus al empujar la glándula para producir en el alma el deseo de alguna cosa, y el esfuerzo que hace el alma con la volición que tiene de rechazar esa cosa.

Y aun estos combates son más bien aparentes. La voluntad carece del poder de excitar directamente las pasiones (ya lo hemos dicho), y por eso se ve obligada á valerse de alguna habilidad ó de la consideración sucesiva de diversas cosas. Si una de estas consigue cambiar por un momento el curso de los espíritus, la siguiente puede producir un efecto contrario haciendo que los espíritus continúen como antes. He aquí la causa de

que el alma se sienta casi inclinada á desear y no desear, al mismo tiempo, una cosa determinada. Por esto se ha llegado á imaginar que dos poderes luchan en el alma por asegurar en ella su respectiva preponderancia.

La misma causa que excita una pasión, excita también muchas veces ciertos movimientos en el cuerpo á cuya producción no contribuye el alma; antes bien, los detiene ó trata de detenerlos tan pronto observa su existencia. Por ejemplo: lo que excita el miedo, hace que los espíritus entren en los músculos que sirven para mover las piernas en la huída, y, sin embargo, la voluntad de ser valeroso los detiene.

ART. 48. En qué se conoce la fuerza ó la debilidad de las almas y cuál es el mal de las más débiles.

Cada uno puede conocer la fortaleza ó la debilidad de su alma por los éxitos ó derrotas que para ella resulten de esos combates. Aquellos cuya voluntad puede naturalmente vencer con más facilidad el influjo de las pasiones y detener los movimientos corporales que las acompañan, tienen sin duda las almas más esforzadas; pero hay que dudar de la fortaleza de los que hacen combatir á la voluntad no con sus propias armas, sino con las que les proporcionan unas pasiones para resistir á otras. Llamo *propias armas* de la voluntad á los juicios firmes y precisos relativos al conocimiento del bien y del mal; y según los cuales ha resuelto aquella conducirse en todos los actos de la vida.

Las almas más débiles son las que tienen una voluntad que no se determina á seguir esos juicios, sino que, arrastrada por las pasiones con frecuencia contradictorias, lucha consigo misma, sumiendo al alma en el más deplorable estado que puede concebirse.

Quando el miedo considera que la muerte es un mal extremo y que sólo se evita por la huída, la ambición, por otro lado, se representa esta huída como un mal peor que la muerte; esas dos pasiones solicitan con igual persistencia los favores de la voluntad, la cual, inclinándose tan pronto á una como á otra, se opone continuamente á sí misma y hace del alma una desgraciada esclava.

ART. 49. Que la fortaleza de alma, sin el conocimiento de la verdad, no es suficiente para la vida.

Cierto es que hay pocos hombres tan débiles é irresolutos que no quieran más que aquello que sus pasiones les sugiere. La mayor parte tiene juicios determinados y á ellos ajusta la mayoría de sus acciones; y aunque, con frecuencia, llegaron á seducir ó á vencer á la voluntad, como quiera que ésta continúa practicándolos cuando la pasión que los ha causado ya no domina al sujeto, se les puede considerar como sus *propias armas*.

Las almas son más fuertes ó más débiles en razón de su poder mayor ó menor para seguir esos juicios y para resistir á las pasiones presentes contrarias á ellos.

Pero observemos que hay una inmensa diferencia entre las resoluciones procedentes de alguna falsa opinión y las que se apoyan en el conocimiento cierto de la verdad. Siguiendo estas últimas tendremos la completa seguridad de que nunca nos arrepentiremos de haber obrado con arreglo á ellas. Siguiendo las primeras incurriremos en un error que tan lejos está del bien como de la verdad.

ART. 50. Que no hay alma tan débil que no pueda, bien dirigida, adquirir un poder absoluto sobre sus pasiones.

Ya hemos hecho notar anteriormente que si bien es cierto que cada movimiento de la glándula ha sido unido por la naturaleza á cada uno de nuestros pensamientos desde el comienzo de la vida, no es menos cierto que por la costumbre se les puede unir á otros. La experiencia así lo afirma. Así, las palabras excitan movimientos en la glándula que, según la institución de la naturaleza, no representan el alma más que su sonido si son pronunciadas ó la figura de las letras si son escritas; y, sin embargo, por el hábito que hemos adquirido al pensar en lo que significan cuando oímos su sonido ó vemos las letras, concebimos antes la significación de esas palabras que el aspecto de sus letras ó el sonido de sus sílabas.

Conviene advertir que á pesar de que los movimientos tanto de la glándula de los espíritus del cerebro, que representan al alma ciertos objetos, se unen con los que excitan en ella ciertas pasiones, pueden separarse por la costumbre y unirse á otros muy diferentes. Esta costumbre puede adquirirse en muy poco tiempo y aun con un solo acto. Cuando encontramos inopinadamente algo sucio en un manjar que comemos con apetito, la sorpresa de este hallazgo cambia de tal modo la disposición del cerebro que, si antes comíamos con placer, al mirar ahora el plato sentiremos una decidida repugnancia por lo que tanto nos agradó.

La misma observación podemos hacer respecto á los animales. Aunque carezcan de razón y de pensamiento se producen en ellos los movimientos de los espíritus y de la glándula que si bien no excitan las pasiones como en nosotros, sí dan lugar á los movimientos de nervios y músculos que suelen acompañarlas. Pongamos un ejemplo para mayor claridad: un perro á la vista de una perdiz siente el natural impulso de correr hacia ella; y el ruido de un disparo le incita á huir. Pues bien, educando á los perros se consigue que estén quietos á la vista de una perdiz y que corran al sitio en que se hizo el disparo.

Es muy grande la utilidad que reporta el conocimiento de estas cosas, porque si las consideramos atentamente, nuestras pasiones, veremos que si con un poco de habilidad se pueden cambiar los movimientos del cerebro en los animales que carecen de razón, es evidente que mucho más fácil ha de ser conseguir este mismo resultado en los hombres.

Las almas menos esforzadas pueden adquirir un imperio absoluto sobre todas sus pasiones si las educa y conduce con la paciencia y habilidad necesarias.

PARTE SEGUNDA

DEL NÚMERO Y ORDEN DE LAS PASIONES

Y EXPLICACIÓN DE LAS SEIS PRIMERAS

ART. 51. Cuáles son las causas primeras de las pasiones.

Por lo dicho anteriormente se comprende que la causa más próxima de las pasiones del alma es la agitación con que los espíritus mueven la pequeña glándula situada en medio del cerebro.

Mas esto no basta para poder distinguirlas; es preciso investigar sus orígenes y examinar sus causas primeras.

Aunque á veces son producidas las pasiones, por la acción del alma, que se determina á concebir tales ó cuales objetos, y también por el temperamento del cuerpo ó por las impresiones que se encuentran fortuitamente en el cerebro, como ocurre cuando nos sentimos tristes ó alegres sin saber porqué, de lo que llevamos dicho se infiere que todas las pasiones pueden ser excitadas por los objetos que impresionan á los sentidos y que estos objetos son sus causas más ordinarias y principales.

Por consiguiente para conocerlas todas basta considerar los efectos de esos objetos.

ART. 52. Cuál es la característica de las pasiones y cómo las podemos enumerar.

En otro lugar de este libro he hecho observar que los objetos que impresionan á los sentidos no excitan en nosotros diversas pasiones en armonía con la diversidad existente entre ellos, sino en razón de las diver-

sas formas que tienen esos objetos para perjudicarnos ó beneficiarnos.

La característica de las pasiones consiste en que disponen el alma á querer las cosas que según el dictado de la naturaleza nos son útiles y á persistir en este deseo. Del mismo modo, la agitación de los espíritus que por lo general las causa dispone el cuerpo á los movimientos que sirven para la ejecución de aquel deseo.

Por esta razón, es preciso examinar aquí las distintas maneras que tienen los objetos de impresionar los sentidos. Siguiendo esa pauta, enumeraré aquí las principales pasiones por el orden en que los encuentre.

ORDEN Y ENUMERACIÓN DE LAS PASIONES

ART. 53. La admiración.

Cuando algún objeto nos sorprende á primera vista por su novedad ó porque es muy distinto de los que conocimos hasta entonces ó de lo que nosotros suponíamos, se produce la admiración.

Como podemos sentirla antes de saber si el objeto nos conviene ó no, he considerado que la admiración es la primera de todas las pasiones. Ninguna otra se opone á ella, por que si el objeto no contiene nada que nos sorprenda, no nos impresionamos y le contemplamos con desapasionamiento.

ART. 54. La estimación y el desdén, la generosidad y el orgullo, la humildad y la bajeza.

Según que en el objeto admiremos su grandeza ó su pequeñez, la estimación ó el desdén se unen á nuestra admiración. También nosotros mismos podemos estimarnos ó despreciarnos; de aquí vienen las pasiones y en seguida los hábitos de magnanimidad ú orgullo y de humildad ó bajeza.

ART. 56. El amor y el odio.

Todas las pasiones precedentes pueden ser excitadas en nosotros sin que nos demos cuenta de la bondad ó maldad del objeto que las causa.

Pero cuando una cosa se nos presenta como buena, es decir, como conveniente, sentimos por ella la pasión del amor y cuando se nos aparece como mala ó perjudicial, la del odio.

ART. 57. El deseo.

Todas las otras pasiones nacen de la misma consideración del bien y del mal; pero á fin de ponerlas en orden distingo los tiempos y considerando que nos llevan más á mirar el porvenir que el presente ó el pasado, comienzo por el deseo.

Lo mismo cuando deseamos adquirir un bien que no poseemos ó evitar un mal que tememos, que cuando queremos la conservación de un bien ó la ausencia de lo que nos es nocivo, la pasión del deseo se refiere al porvenir.

ART. 58. La esperanza, el temor, los celos, la seguridad y la desesperación.

Bástanos pensar en la posibilidad de la adquisición de un bien ó de la huída de algún mal, para que nos sintamos impulsados á desearlas. Pero cuando además de esto, consideramos las probabilidades que existen de conseguir lo que queremos, se producen otras dos pasiones; la esperanza, si es grande el número de probabilidades, y el temor, si es escaso. Los celos son una especie de esta última pasión, cuando la esperanza es extrema, cambia de naturaleza y se llama seguridad; y el extremo temor se convierte en desesperación.

ART. 59. La irresolución, el valor, el atrevimiento, la emulación, la cobardía y el espanto.

Podemos esperar y temer aun cuando el suceso que aguardamos no dependa de nosotros; pero si se nos presenta como dependiente de nuestra voluntad, aun cabe dificultad en la elección de medios ó en la ejecución. De la primera procede la irresolución que nos predispone á deliberar y tomar consejo. Á la última se opone el valor ó el atrevimiento, del cual es la emulación una especie. La cobardía es opuesta al valor del mismo modo que el miedo y el espanto se oponen al atrevimiento.

ART. 60. El remordimiento.

Si nos determinamos al acto antes de que cese la irresolución, nace el remordimiento de conciencia. Esta pasión no se refiere al porvenir como las precedentes, sino al tiempo pasado ó al presente.

ART. 61. La alegría y la tristeza.

La consideración del bien presente excita la alegría; la consideración del mal la tristeza; bien entendido que para que estas pasiones se produzcan en nosotros en necesario que ese bien ó ese mal nos los representemos como pertenecientes á nosotros.

ART. 62. La burla, la envidia y la piedad.

Cuando nos los representamos como pertenecientes á otros hombres, podemos considerar á éstos dignos ó indignos del bien ó del mal que gozan ó padecen.

Si los estimamos dignos se excita en nosotros la pasión de la alegría porque vemos que las cosas suceden como deben suceder. Esta alegría es de dos clases: La que procede del bien es seria; la que viene del mal va unida á la risa y á la burla.

Si los estimamos indignos, el bien excita la envidia y el mal la piedad — especies de la tristeza.

Observemos, porque no deja de tener alguna importancia que las mismas pasiones que se refieren á los males ó bienes presentes, pueden referirse á los futuros, puesto que la creencia de que se realizarán los representa como actuales.

ART. 63. La satisfacción de sí mismo y el arrepentimiento.

Podemos considerar también la causa del bien ó del mal tanto presente como pasado. El bien que hicimos nos proporciona una satisfacción interior que es la más dulce de todas las pasiones; el cual excita el arrepentimiento que es la más amarga.

ART. 64. El favor y el reconocimiento.

El bien realizado por otros hace que tengamos por ellos la estimación denominada favor, aunque no nos hayan beneficiado á nosotros; en este caso á la estimación se uniría el agradecimiento.

ART. 65. La indignación y la cólera.

El mal hecho por otros produce indignación cuando la víctima no hemos sido nosotros; y si es así á la indignación acompaña la cólera.

ART. 66. La gloria y la vergüenza.

El bien realizado por nosotros y referido á la opinión que de él han formado los demás, da lugar á la gloria y el mal á la vergüenza.

ART. 67. El disgusto, el sentimiento y el gozo.

Á veces la duración del bien causa fastidio ó disgusto y la del mal disminuye la tristeza. El bien pasado engendra el sentimiento, que es una especie de tristeza;

el mal pasado produce el gozo, muy semejante á la alegría.

FIN DE LA ENUMERACIÓN DE LAS PASIONES

ART. 68. Por qué esta enumeración de las pasiones es diferente de la aceptada comúnmente.

He aquí el orden más adecuado á mi juicio para enumerar las pasiones. Sé que me alejo de la opinión sustentada por todos los que han tratado esta cuestión, pero tengo para ello motivos muy poderosos. Fundan los autores su opinión en la distinción de dos apetitos en la parte sensitiva del alma, llamado el uno *concupiscente é irascible* el otro.

Como no admito que el alma se componga de partes creo que esa distinción no viene á significar más que en ella existen dos facultades, una de desear y otra de disgustarse. Existiendo también en el alma las facultades de admirar, amar, esperar, temer, así como la de recibir en sí cada una de las otras pasiones ó de verificar los actos á que estas pasiones la impulsan, no veo la razón de que los filósofos hayan querido referirlas todas á la concupiscencia ó á la cólera.

Además, la enumeración que combato no comprende, como la mía, todas las principales pasiones. Hablo de éstas nada más porque podríamos distinguir muchas otras particulares y su número es infinito.

ART. 69. No hay más que seis pasiones primitivas.

El número de las simples y primitivas no es muy grande. Repasando las que he enumerado, puede observarse que son seis, á saber : la admiración, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza.

Todas las demás son compuestas de algunas de estas ó bien son especies de ellas.

Á fin de que el excesivo número de pasiones no lleve

la confusión al espíritu de los lectores, trataré aquí solamente de las seis primitivas y después haré ver cómo las otras tienen en ellas su origen.

ART. 70. De la admiración, su definición y su causa.

La admiración es una súbita sorpresa del alma que la lleva á considerar atentamente los objetos que le parecen raros y extraordinarios. Es causada, en primer término, por la impresión producida en el cerebro, la cual representa al objeto como raro y digno de ser examinado atentamente; y después por el movimiento de los espíritus, dispuestos por esta impresión á tender con energía hacia el sitio del cerebro en que ella está, para fortificarla y conservarla. Después, y á causa también de la impresión, pasan los espíritus á los músculos que sirven para retener á los órganos de las sentidos en la misma situación en que están, á fin de que ella sea sostenida por ellos, si por ellos ha sido formada.

ART. 71. Que en esta pasión no se verifica ninguna alteración en el corazón ni en la sangre.

Esta pasión tiene la particularidad de que no va acompañada de ninguna alteración en el corazón ni en la sangre, como sucede en las demás pasiones. La razón es bien sencilla.

La admiración no tiene el bien ó el mal por objeto; éste está constituido por el conocimiento de la cosa que se admira. Por consiguiente ninguna relación guarda con el corazón ni con la Sangre, de los que depende todo el bien del cuerpo. Se relaciona solamente con el cerebro, en el cual están los órganos que sirven para ese conocimiento.

ART. 72. En qué consiste la fuerza de la admiración.

La admiración tiene una gran fuerza á causa de la sorpresa, ó lo que es lo mismo, de la súbita é inopinada

impresión que cambia el movimiento de los espíritus. Esa sorpresa es propia y exclusiva de la pasión á que nos referimos. Si en otras la encontramos — y esto sucede con bastante frecuencia — es debido á que á ellas va unida la admiración.

La fuerza de ésta depende de dos cosas: de la novedad y de que el movimiento que ella causa tiene desde su comienzo la misma fuerza. Tal movimiento deja sentir un efecto más enérgico que el que siendo débil al principio crece poco á poco y puede ser fácilmente desviado.

Además, los objetos sensibles que son nuevos para los órganos de los sentidos impresionan al cerebro en ciertas partes no impresionadas por lo general; como estas partes son más débiles ó menos firmes que las endurecidas por una agitación frecuente, el efecto de los movimientos en ellas excitados es mucho mayor.

Esta razón es perfectamente admisible y lo voy á probar con un ejemplo: Como las plantas de los pies están acostumbradas á un contacto bastante rudo por la pesadez del cuerpo que soportan, sentimos muy poco ese contacto cuando andamos; en cambio cualquier roce, cualquier cosquilleo en las mismas plantas es casi irresistible. Depende esto de que la última impresión no es la ordinaria.

ART. 73. En qué consiste el asombro.

La sorpresa que va unida á toda admiración tiene tanto poder para hacer que los espíritus que están en las cavidades del cerebro se dirijan al lugar en que se halla la impresión del objeto que se admira, que á este sitio van todos sin que uno siquiera pase á los músculos ni se desvíe de las primeras huellas que ha seguido en el cerebro. El cuerpo queda inmóvil como una estatua y del objeto no se percibe más que lo que se ve á primera vista siendo imposible adquirir de él un detallado conocimiento.

Á ese fenómeno se llama comúnmente asombro ó pasmo; es un exceso de admiración que nunca puede ser bueno.

ART. 74. Para qué sirven las pasiones y para qué perjudican

Consiste la utilidad de todas las pasiones en que fortifican y hacen durar en el alma los pensamientos. El perjuicio que pueden causar consiste en que fortifiquen y conserven los pensamientos más de lo necesario ó que fortifiquen y conserven lo que debe olvidarse en seguida.

ART. 75. En qué consiste particularmente la admiración.

La admiración es particularmente útil en cuanto que por ella aprendemos y retenemos en nuestra memoria las cosas que ignorábamos. Admiramos lo que nos parece raro y extraordinario y consideramos raras ó extraordinarias las cosas que hasta ese momento no conocíamos á las que se nos presentan con caracteres diferentes de los percibidos anteriormente. En esta diferencia consiste precisamente lo extraordinario.

Aunque una cosa desconocida se presente á nuestro entendimiento ó á nuestros sentidos no por eso la retenemos en la memoria, á no ser que la idea que de ella hayamos formado esté fortificada en el cerebro por alguna pasión ó por la aplicación de nuestro entendimiento — aplicación determinada por la voluntad — á una atención y reflexión particulares.

Las demás pasiones pueden servir para hacernos observar con mayor ó menor detenimiento las cosas que parecen buenas ó malas; pero la admiración sólo es producida por las que parecen raras.

Veamos cómo los que carecen de una natural inclinación á esta pasión son por lo general muy ignorantes.

ART. 76. En qué puede perjudicarnos y cómo se evita su defecto y se corrige su exceso.

Mucho más frecuente que la escasa admiración es la que peca por exceso, dando lugar á que admiremos demasiado objetos que no lo merecen. Lo mismo el

defecto que el exceso pueden anular ó pervertir el uso conveniente de las facultades racionales. Nada tiene de perjudicial, sino todo lo contrario, el haber nacido con alguna inclinación á esta pasión, porque ella nos dispone para la mejor adquisición de las ciencias. No obstante debemos procurarnos entregarnos á la admiración exagerada de las cosas que no sean dignas de nuestra atenta consideración.

Para suplir el defecto, la voluntad puede obligar al entendimiento á un detenido examen, á una reflexión particular, siempre que lo merezca la cosa presente á nuestra inteligencia. Para corregir el exceso hay que adquirir el conocimiento de muchas cosas en la consideración de las que nos parezcan más raras y extraordinarias.

ART. 77. Que los más inclinados á la admiración no son los más estúpidos ni los más hábiles.

Hemos dicho que los que carecen de una inclinación natural á la admiración son los más estúpidos é ignorantes; mas no se sigue de aquí que sean los más inteligentes los que más admiren las cosas.

Aquellos en quienes esta inclinación se manifiesta en mayor grado son los que teniendo bastante buen sentido no se suponen intelectualmente superiores á la generalidad de sus semejantes.

ART. 78. Que el exceso puede convertirse en hábito cuando no se corrige oportunamente.

Parece que esta pasión debe disminuir á medida que aumenta la experiencia, porque cuanto mayor es el número de cosas raras que encontramos y admiramos tanto más nos habituamos á prescindir de la admiración por los objetos que se nos presenten después, considerando que tienen que ser vulgares si con los anteriormente percibidos los comparamos.

Sin embargo, cuando la admiración es excesiva y la atención es escasa y solamente considera lo superficial,

sin preocuparse de adquirir otro conocimiento que el conseguido á primera vista, se produce en nosotros un hábito que hace que el alma considere los demás objetos del mismo modo y se admire más por costumbre que por lo raro y extraordinario de las cosas.

Los que son extremadamente curiosos, buscan las rarezas para admirarlas y no para conocerlas; y poco á poco crece en ellos de tal modo esta pasión que su atención se fija de la misma manera en las cosas de gran transcendencia que en las que carecen de la más pequeña importancia.

ART. 79. Definición de amor y el odio.

El amor es una emoción del alma, causada por el movimiento de los espíritus, que la incita á unirse voluntariamente á los objetos que se nos presentan como útiles ó convenientes.

El odio es una emoción causada por los espíritus que incita al alma á separarse voluntariamente de los objetos que se nos presentan como nocivos ó perjudiciales.

Digo que estas emociones son causadas por los espíritus á fin de distinguir el amor y el odio — que son pasiones y dependen del cuerpo — de los juicios que llevan al alma á unirse voluntariamente con las cosas que estima buenas y á separarse de las malas; y de las emociones que estos juicios excitan en el alma.

ART. 80. Qué se quiere significar con las frases « unirse ó separarse voluntariamente ».

Al decir *voluntariamente* no me refiero al deseo que es una pasión que se relaciona con lo futuro, sino al consentimiento. Por este nos consideramos unidos al objeto que amamos. Imaginamos un todo y nos figuramos que somos una parte y que la cosa amada es la otra. En cambio, en el odio nos consideramos como un todo completamente separado de la cosa que nos inspira aversión.

ART. 81. De la distinción que generalmente se establece entre el amor de concupiscencia y el de benevolencia.

Comúnmente se habla de dos especies de amor : el de benevolencia que nos incita á desear el bien para lo que amamos; y el de concupiscencia que nos hace desear el objeto amado.

Yo creo que esta distinción sólo se refiere á los efectos del amor y que ninguna relación guarda con su esencia. Si nos unimos voluntariamente á un objeto, cualquiera que sea su naturaleza, sentimos benevolencia hacia él, es decir, que le unimos voluntariamente con las cosas que le convienen, y en esto consiste uno de los principales efectos del amor. Si juzgamos que es un bien el poseer lo que amamos ó el asociarnos con él de un modo que no sea « de voluntad », simplemente, lo que sentimos es deseo y este constituye uno de los efectos más ordinarios del amor.

ART. 82. Cómo las pasiones más distintas convienen en lo que participan del amor.

No es preciso que distingamos tantas clases de amor como objetos pueden ser amados.

Cierto es que no cabe más diversidad que la que existe entre las pasiones de un ambicioso por la gloria, un avaro por el dinero, un borracho por el vino, un lujurioso brutal por la mujer que quiere violar, un hombre de honor por un amigo ó por su mujer ó un buen padre por sus hijos. Más diferentes no pueden ser y, sin embargo, se parecen en lo que todas ellas participan del amor.

El ambicioso, el avaro, el borracho y el sátiro sienten amor por la posesión de los objetos á que se refieren sus respectivas pasiones, pero no por los objetos mismos. Hacia éstos experimentan un deseo mezclado con otras pasiones particulares. En cambio el amor de un buen padre por sus hijos es tan puro que nada quiere tener de ellos ni ansía que el lazo que los une se estreche más; busca el bien de los hijos como si fuera el suyo ó

aun con más presteza y celo; y considera que, componiendo un todo del cual son ellos la mejor parte, los intereses de los hijos son los primeros y está siempre dispuesto á perderse por salvarlos.

El efecto que los hombres de honor sienten por los amigos es de la misma naturaleza y sólo en muy raras ocasiones es tan perfecto. El amor que se siente por la mujer legítima participa mucho del afecto puro que hemos descrito, aunque también tiene algo de la otra clase de amor cuyo efecto principal es el desseo.

Art. 83. De la diferencia que existe entre la simple afección, la amistad y la devoción.

Pueden las diferentes clases de amor quedar perfectamente distinguidas si comparamos la estimación que del objeto amado hacemos con la que por nosotros mismos sentimos.

Cuando el objeto nos merece menos estimación que la que á nosotros mismos nos profesamos, sentimos por él una simple afección; cuando lo estimamos tanto como á nosotros, la pasión que á él nos inclina se llama amistad; y cuando lo estimamos más, la pasión puede denominarse devoción.

Sentimos afección por una flor, por un pájaro, por un caballo; pero amistad, solamente nuestros semejantes pueden inspirárnosla, á menos que estemos perturbados; nadie siente amistad por un objeto inanimado, teniendo perfectamente equilibradas las facultades racionales.

De tal modo recae en el ser humano esta pasión que no hay hombre incapaz de inspirarla. El alma noble y generosa siente amistad por todo aquel que es digno de ella.

El objeto principal de la devoción es la divinidad soberana; en cuanto la conocemos sentimos por ella ese grado perfecto del amor. También pueden ser objetos de nuestra devoción el rey, la patria, la ciudad en que hemos visto la luz primera y hasta un hombre si por él tenemos más estimación que por nosotros mismos.

En sus efectos radica la principal diferencia que existe entre esas tres clases de amor. En todas ellas nos consideramos unidos á la cosa amada y estamos dispuestos á abandonar la menor parte del todo que con ella formamos por conservar la otra. En la simple afección nos preferimos siempre á lo que amamos, y en la devoción preferimos de tal manera el objeto amado á nosotros mismos que no tememos arriesgar la vida por conservarlo.

Ejemplo de lo que decimos lo encontramos en los que mueren defendiendo á su rey ó á la patria y á veces á personas á quienes profesábamos el más profundo cariño.

ART. 84. Que no hay tantas especies de odio como de amor.

Aunque el odio es una pasión directamente opuesta al amor, no se distinguen en él tantas clases como en éste porque se observa mucho mejor la diferencia que existe entre los bienes á que el hombre se une *de voluntad* que la que hay entre los males de que se separa.

ART. 85. Del agrado y del horror.

No encuentro más que una distinción digna de ser expuesta y parecida en el uno y en el otro. Consiste esta distinción en que los objetos tanto del amor como del odio pueden ser representados al alma por los sentidos exteriores, por los interiores y por la razón.

Llamamos bueno ó malo á lo que nuestros sentidos interiores ó nuestra razón nos hacen juzgar conveniente ó contrario á nuestra naturaleza. Llamamos bello ó feo á lo representado por nuestros sentidos exteriores, principalmente el de la vista. De esta distinción nac en dos clases de amor, á saber : el que sentimos por las cosas buenas y el que nos inspiran las cosas bellas. Á este último le aplicamos el nombre de *agrado* para no confundirlo con el otro ni con el deseo, al cual se atribuye con frecuencia el nombre de *amor*.

En correspondencia con esas dos especies de pasión

amorosa, hay dos clases de odio; la una se refiere á las cosas malas y la otra á las feas. Llamamos horror ó aversión á esta última para distinguirla debidamente de la anterior.

ART. 86. La definición del deseo.

Las pasiones de agrado y horror, suelen ser, por muy extraño que parezca, más violentas que las demás clases de amor y odio, porque lo que llega al alma por los sentidos la impresiona más fuertemente que lo representado por la razón. Si á esto se añade que son las pasiones que menos verdad encierran comprenderemos que debemos guardarnos de ellas con mucho cuidado para evitar sus peligros y engaños.

La pasión del deseo es una agitación del alma, causada por los espíritus que la disponen á querer para el porvenir las cosas representadas como útiles ó convenientes. Así, no sólo deseamos la presencia del bien ausente, sino también la conservación del presente; y la ausencia del mal que nos aflige la deseamos tanto como la del que tememos nos aflija en el porvenir.

ART. 87. Qué es una pasión que no tiene contraria.

Generalmente se opone la pasión que tiende al bien, llamada deseo, á la que tiende á huir del mal llamada aversión.

Pero si tenemos en cuenta que no hay bien cuya privación no sea un mal, ni mal, considerado como cosa positiva, cuya privación no sea un bien, llegaremos á la conclusión de que es un mismo movimiento el que nos lleva á buscar el bien y á huir del mal. Buscando, por ejemplo, las riquezas, huimos necesariamente de la pobreza; huyendo de las enfermedades buscamos la salud, y así en todos los casos.

El deseo que experimentamos, cuando tendemos á algún bien va acompañado de amor y luego de esperanza y alegría. El mismo deseo, cuando tendemos á huir del mal contrario á aquel bien, va acompañado

de odio, de temor y tristeza. Esta es la causa de que á veces se le juzgue como opuesto á sí mismo. El deseo no tiene pasión contraria.

Consideremos atentamente esta pasión cuando simultáneamente busca un bien y huye del mal opuesto y veremos con toda evidencia que los dos efectos, á pesar de ser contrarios, son producidos por el deseo y no por éste y por la pasión opuesta como generalmente se cree.

ART. 88. Cuáles son sus especies.

Nada más lógico que la distinción del deseo en tantas especies como objetos. La curiosidad, por ejemplo, que no es más que un deseo de conocer, difiere mucho del deseo de la gloria y éste del de la venganza, y así indefinitamente.

Por ahora nos basta saber que hay de deseo tantas especies como de amor y de odio y que las más importantes y enérgicas son las que nacen del agrado y del horror.

ART. 89. Cuál es el deseo que nace del horror.

Ya hemos dicho que es un mismo deseo el que tiende á buscar un bien y á unir el mal contrario. Sin embargo, el deseo que nace del agrado es muy diferente del que nace del horror, porque este agrado y este horror, que realmente son opuestos, no constituyen el bien ó el mal que sirven de objetos á esos deseos; son dos emociones del alma que la disponen á buscar cosas muy diferentes: el horror ha sido instituído por la naturaleza para representar al alma una muerte súbita é inesperada, de suerte que aun siendo á veces, la causa del horror, un gusano, el rumor de los hojas de un árbol ó la propia sombra, se siente tanta emoción como si un evidente peligro de muerte se ofreciera á los sentidos; esta sensación hace nacer en el alma una agitación que la lleva á emplear todas sus fuerzas para evitar el mal. Á esa clase de deseo es á lo que se llama comúnmente *fuga ó aversión*.

ART. 90. Cuál es el que nace del agrado.

El agrado ha sido instituido por la naturaleza para representar la alegría de lo que agrada, como el bien más grande de la tierra, como la felicidad más grande que al hombre le es dado alcanzar, lo cual es causa de que esa alegría se desee ardientemente. Verdad es que hay diversas especies de agrados y que los deseos que de ellos nacen no son igualmente poderosos; la belleza de las flores, por ejemplo, nos incita solamente á mirarlas, y la de las frutas á comerlas. Pero el principal es el que procede de las perfecciones que imaginamos en otra persona que deseamos se identifique con nosotros; porque la diferencia de sexo que la naturaleza ha establecido lo mismo en los seres humanos que en los animales irracionales, exige imperiosamente la satisfacción de ese deseo. Además, el cerebro recibe ciertas impresiones que hacen, á cierta edad y en cierto tiempo, que nos consideremos defectuosos, como si no fuéramos más que la mitad de un todo cuya otra mitad es una persona del otro sexo, de suerte que la adquisición de esta mitad es representada por la naturaleza como el más grande de los bienes imaginables. Aunque veamos varias personas del otro sexo, no por eso deseamos variar á un tiempo, sino una sola porque la naturaleza no nos induce á imaginar que tengamos necesidad de más de una mitad para completarnos. Cuando en una de ellas observamos algo que nos agrada más que lo que vemos en las otras, el alma se determina á sentir por aquella toda la inclinación que la naturaleza le dió á buscar el bien que ésta le representa como el más grande que se puede poseer. Esa inclinación ó deseo nacido del agrado, recibe el nombre de *amor*, el cual se aplica también á la pasión que hemos descrito anteriormente. Produce el amor extraños efectos y es el inagotable asunto de poetas y novelistas.

ART. 91. La definición de la alegría.

La alegría es una agradable emoción del alma, en la cual consiste el gozo que ella experimenta por el bien

que las impresiones del cerebro le representan como suyo.

Digo que es en esta emoción en lo que consiste el goce del bien, porque el alma no recibe otro fruto de los bienes que posee, y en tanto no goza por ellos, puede afirmarse que es como si no los tuviera. Añado en la definición que experimenta el gozo por el bien que las impresiones del cerebro le representan como suyo, á fin de no confundir esta alegría, que es una pasión, con la puramente intelectual, causada por la sola acción del alma y que es una agradable emoción, en la cual consiste el gozo que experimenta por el bien que el entendimiento representa al alma como suyo. Cierto es que mientras el alma esté unida al cuerpo, la alegría intelectual no puede dejar de ir acompañada por la alegría-pasión. Tan pronto como el entendimiento se percata de que poseemos algún bien — aunque sea tan diferente de lo perteneciente al cuerpo que ni siquiera podamos imaginarlo — alguna impresión se produce en el cerebro y á esta sigue el movimiento de los espíritus que excita la pasión de la alegría.

ART. 92. La definición de la tristeza.

La tristeza es una desagradable languidez, en la cual consiste la incomodidad que el alma recibe del mal ó defecto que las impresiones del cerebro le representan como suyo.

Hay también una tristeza intelectual que no es la pasión pero siempre va acompañada de ella.

ART. 93. Cuáles son las causas de estas dos pasiones.

Cuando la alegría ó la tristeza intelectual excitan la alegría ó la tristeza, que consisten en una pasión, la causa de ellas es bien evidente. Por sus definiciones sabemos que la alegría procede de la idea de poseer algún bien y la tristeza de la idea de poseer algún mal ó algún defecto. Pero suele suceder que nos sentimos alegres ó tristes sin que podamos precisar el bien ó el

mal que son la causa de esos estados de nuestro ánimo. Ocorre esto cuando ese bien ó ese cual impresionan al cerebro sin el intermedio del alma, bien porque no pertenezcan más que al cuerpo, bien porque, aun perteneciendo al alma, esta no los considera como bien ó mal, sino bajo otra forma cuya impresión va unida en el cerebro á la de bien y mal.

ART. 94. Como estas pasiones son excitadas por bienes y males que se refieren únicamente al cuerpo, y en qué consisten la complacencia y el dolor.

Cuando nuestra salud es perfecta y el tiempo está más sereno que de ordinario, sentimos una alegría que no procede de ninguna función del entendimiento, y sí de las impresiones que el movimiento de los espíritus excita en el cerebro; y nos sentimos tristes del mismo modo que cuando el cuerpo se halla indispuerto, aunque sepamos que nuestra salud no está amenazada por ningún peligro.

La complacencia de los sentidos va seguida tan de cerca por la alegría, y el dolor por la tristeza, que la mayor parte de los hombres no observan la distinción que entre estas pasiones existe. Sin embargo, difieren de tal manera que en ocasiones sufrimos dolores con alegría y recibimos complacencias que nos desagradan. Pero la causa de que generalmente la alegría siga á la complacencia es que ésta, y, por tanto, toda sensación agradable, consiste en que los objetos de los sentidos excitan algún movimiento en los nervios, que sería capaz de dañarles si no tuvieran la fuerza suficiente para resistirle ó el cuerpo no estuviera en buena disposición; esto produce una impresión en el cerebro, que da testimonio de esa buena disposición y fuerza, y la representa al alma como un bien que le pertenece, en tanto esté unida al cuerpo, y así excita en ella la alegría.

Casi es esta la razón de que experimentemos placer, al sentirnos conmovidos por toda clase de pasiones, hasta por la tristeza y el odio, cuando son causadas por las aventuras que vemos representar en el teatro.

No pudiendo perjudicarnos esas pasiones, el alma siente cierta complacencia al ser conmovida.

La causa de que el dolor produzca ordinariamente la tristeza, es que aquel procede siempre de alguna acción tan violenta que ofende los nervios; de suerte que habiendo sido instituído por la naturaleza para significar al alma el pesar que recibe el cuerpo por esa acción y la debilidad que ha impedido la resistiera, la representa ese pesar y esa debilidad como males, que son siempre desagradables, á no ser que causen algunos bienes de mayor estimación para el alma.

ART. 95. Cómo pueden ser excitadas esas pasiones por bienes y males que el alma no observa, aunque le pertenezcan, por ejemplo: el placer que se experimenta en las aventuras peligrosas ó recordando males pasados.

Los jóvenes suelen experimentar placer al acometer empresas difíciles, exponiéndose á grandes peligros, aun cuando esto no les reporte gloria ni provecho. La causa de ese placer está en que la idea que tienen de la dificultad del intento, produce una impresión en el cerebro que unida á otra idea que podrían formar si pensarán que es un bien sentirse lo suficientemente valiente, afortunado, diestro ó fuerte, para aventurarse á tal extremo, hace que los aventureros se crean dichosos, á pesar de los peligros.

El contento de los viejos cuando se acuerdan de los males que han sufrido, proviene de representarse como un bien el haber sobrevivido á los riesgos que les amenazaron.

ART. 96. Cuáles son los movimientos de la sangre y de los espíritus que causan las cinco pasiones precedentes.

Las cinco pasiones que he comenzado á explicar están de tal manera unidas ú opuestas unas á otras, que es más conveniente estudiarlas juntas que tratar de ellas por separado, como hice con la admiración. La causa de esas cinco pasiones no está sólo en el cerebro; está también en el corazón, en el brazo, en el hígado

y en todas las demás partes del cuerpo, en cuanto sirven para la producción de sangre, primero, y de espíritus, después.

Aunque todas las venas conducen al corazón la sangre que contienen, ocurre, sin embargo, en ocasiones que la de unas venas recibe un impulso más fuerte que la de otras, y también sucede que las aberturas por donde entra ó sale son unas veces más anchas ó más estrechas que otras.

ART. 97. Principales experiencias que sirven para conocer estos movimientos en el amor.

Al considerar las diversas alteraciones que la experiencia nos hace ver en el cuerpo mientras el alma está agitada por las diversas pasiones, observo en el amor — cuando va solo, es decir, que no está acompañado por ninguna intensa alegría, deseo ó tristeza — que el pulso es acompasado y mucho más fuerte que de ordinario; que se siente un dulce calor en el pecho y que la digestión de las viandas en el estómago se verifica con mucha rapidez; de suerte que esta pasión es útil á la salud.

ART. 98. En el odio.

Observo en el odio que el pulso es desigual, pequeño y, por lo general, muy rápido; que se sienten fríos mezclados con cierto calor seco y sofocante, que no puedo explicar, en el pecho; y que el estómago no realiza bien sus funciones y tiene tendencia á vomitar y rechazar las viandas ó por lo menos á corromperlas y convertirlas en malos humores.

ART. 99. En la alegría.

En la alegría, que el pulso es igual y más rápido que de ordinario, aunque no tan fuerte como en el amor; y que se siente un calor agradable no sólo en el pecho,

sino que se extiende por todas las partes del cuerpo con la sangre que á ellas acude en abundancia; y no obstante se pierde á veces el apetito porque la digestión es menor que de costumbre.

ART. 100. En la tristeza.

En la tristeza, que el pulso es débil y lento; que el corazón parece apretado por lazos que lo oprimen con fuerza y helado por una frialdad que se comunica á todo el cuerpo. Á pesar de esto se suele tener buen apetito y se nota una perfecta normalidad en las funciones del estómago, á no ser que con la tristeza vaya mezclado el odio.

ART. 101. En el deseo.

Finalmente, observo en el deseo, que el corazón está más agitado que en las demás pasiones y lleva al cerebro más espíritus los cuales pasan á los músculos y comunican mayor sensibilidad y movilidad á los sentidos y demás partes del cuerpo.

ART. 102. El movimiento de la sangre y de los espíritus en el amor.

Estas observaciones, y muchas otras que sería prolijo enumerar, me han dado la convicción de que cuando el entendimiento se representa algún objeto amoroso, la impresión que ese pensamiento causa en el cerebro, conduce los espíritus animados á los músculos que rodean los intestinos y el estómago, del modo requerido para que el jugo de los alimentos, que se convierte en nueva sangre, pase rápidamente al corazón sin detenerse en el hígado, y empujado con más fuerza que el que está en las otras partes del cuerpo, entre más abundantemente y excite un calor más fuerte, puesto que es más denso que el que ha que sido ya rarificado varias veces al pasar por el corazón. Ese jugo, hecho sangre,

envia espíritus al cerebro, más densos y más agitados que lo son generalmente, y que fortifican la impresión que el primer pensamiento del objeto amable ha causado, obligando al alma á detenerse en ese pensamiento.

He aquí en qué consiste la pasión del amor.

ART. 103. En el odio.

En el odio, por el contrario, el primer pensamiento del objeto que produce la aversión, conduce de tal manera los espíritus que están en el cerebro á los músculos del estómago y de los intestinos que impiden al jugo de los alimentos mezclarse con la sangre, cerrando todas las aberturas por donde suele pasar. Los espíritus se dirigen á los pequeños nervios del bazo y de la parte inferior del hígado, donde está el receptáculo de la bilis, y las partes de sangre que hay en estos lugares, salen de ellos y se unen con la de las ramas de la vena cava, llegando unidas al corazón.

Esta es la causa de las desigualdades de calor en la sangre, porque la que procede del bazo se calienta y se rarifica muy poco, en tanto que la que viene de la parte inferior del hígado se calienta y dilata con mucha rapidez. Por eso los espíritus que van al cerebro son muy desiguales y sus movimientos muy raros, fortifican las ideas de odio, ya impresas en el cerebro, y disponen el alma á pensamientos llenos de desesperación y amargura.

ART. 104. En la alegría.

En la alegría, más que los nervios del bazo, del hígado, del estómago ó de los intestinos, ejercen su influencia los del resto del cuerpo y particularmente el que rodea los orificios del corazón, los cuales abriéndose y ensanchándose hacen que la sangre que los otros nervios llevan de las venas al corazón, entre y salga en mayor cantidad que en la acostumbrada; y como la sangre que entonces entra en el corazón ha pasado varias veces por él, al ir de las arterias á las venas, se dilata en seguida y produce espíritus muy

iguales y sutiles, propios para formar y fortificar las impresiones del cerebro que causan en el alma pensamientos alegres y tranquilos.

ART. 105. En la tristeza.

En la tristeza, las aberturas del corazón están muy estrechadas por el pequeño nervio que las rodea, y como la sangre de las venas no experimente ninguna agitación, se dirige al corazón en muy pequeña cantidad. Sin embargo, los pasos por donde el jugo de los alimentos va del estómago y los intestinos al hígado, quedan abiertos. Por eso el apetito no disminuye, excepto cuando el odio, que acompaña con frecuencia á la tristeza, cierra aquellos pasos.

ART. 106. En el deseo.

La voluntad de obtener algún bien ó de huir algún mal, envía rápidamente los espíritus del cerebro á todas las partes del cuerpo que pueden servir á las acciones requeridas á este efecto, y especialmente al corazón y á los órganos que más sangre le envían, á fin de que al recibir más sangre que de ordinario sea mayor el número de espíritus que sostengan y fortifiquen la volición y se dirijan á los órganos de los sentidos y á los músculos que deben ser empleados para conseguir lo que se desea.

ART. 107. Cuál es la causa de sus movimientos.

Las razones de lo que expongo en este artículo las he deducido de lo que dije antes, de la unión del alma y del cuerpo, unión tan intensa que cuando unimos alguna acción corporal con algún pensamiento, no se presenta aquella sin éste y viceversa. Por ejemplo, los enfermos que han tomado una medicina por cuyo sabor sienten gran aversión no pueden beber ó comer

nada que tenga un gusto parecido al de la medicina, sin sentir de nuevo la misma adversión; y por la misma razón, tampoco pueden pensar en la adversión que les causan las medicinas, sin acordarse del mal sabor de la que tomaron.

Yo creo que las primeras pasiones de nuestra alma en los comienzos de su unión á nuestro cuerpo consistieron en que, algunas veces, la sangre, ú otro jugo que entraba en el corazón, era un alimento más conveniente que el ordinario para sostener el calor, que es el principio de la vida. Esta fué la causa de que el alma deseara este alimento; los espíritus pasaban del cerebro á los músculos, que podían agitar las partes que enviaban sangre al corazón, á fin de que fuera mayor la cantidad de la sangre enviada. Estas partes eran el estómago y los intestinos, cuya agitación aumenta el apetito, ó bien el hígado y el pulmón, que pueden ser oprimidos por los músculos del diafragma; esa es la causa de que el mismo movimiento de los espíritus, siempre haya acompañado después á la pasión del amor.

ART. 108. En el odio.

Otras veces, por el contrario, llegaba al corazón algún jugo extraño que no era adecuado para sostener el calor y que hasta podía anularlo, y entonces los espíritus que subían del corazón al cerebro, excitaban en el alma la pasión del odio, y se dirigían del cerebro á los nervios que podían empujar hacia el corazón la sangre del bazo y de las pequeñas venas del hígado, para impedir la entrada al jugo nocivo, y á los que podían rechazar este mismo jugo en la dirección de los intestinos, ú obligar á aquel á vomitarle. Esa es la causa de que estos mismos movimientos acompañen á la pasión, del odio. Á simple vista observamos en el hígado algunas venas ó conductos bastante anchos por donde el jugo de los alimentos puede pasar á la vena cava y de ésta al corazón, sin detenerse en el hígado; pero hay también gran número de venas más pequeñas en donde puede detenerse y que contienen,

como el bazo, sangre de reserva, la cual por ser más densa que la de las otras partes del cuerpo puede servir mejor de alimento al calor del corazón, cuando el estómago y los intestinos no lo pueden dar

ART. 109. En la alegría.

En los comienzos de nuestra vida, la sangre contenida en las venas era un alimento muy conveniente para sostener el calor del corazón; y esta sangre era tan abundante que no había necesidad de ningún otro alimento. Eso es lo que ha excitado en el alma la pasión de la alegría y ha hecho al mismo tiempo que los orificios del corazón se abran más de lo acostumbrado, y que los espíritus, pasando del cerebro á los nervios que sirven para abrir esos orificios y á los que impulsan la sangre al corazón, impidan que venga á ésta la del hígado, bazo, intestinos y estómago.

Esta es la causa de que los mismos movimientos acompañen á la alegría.

ART. 110. En la tristeza.

Otras veces ocurrió que al cuerpo le hizo falta alimento y el alma sintió su primera tristeza. Los orificios del corazón se estrecharon porque recibían muy poca sangre y de ésta una gran parte procedía del bazo que es como el último depósito de sangre.

Esa es la razón de que los movimientos de los espíritus y de los nervios que sirven para estrechar los orificios del corazón y llevar á él la sangre del bazo, acompañen á la tristeza.

ART. 111. En el deseo.

Los primeros deseos que el alma pudo tener cuando aun estaba reciente su unión con el cuerpo, fueron los de recibir las cosas útiles y rechazar las perjudiciales.

Desde entonces comenzaron á moverse en todas las direcciones posibles los músculos y los órganos de los sentidos. Por esto cuando el alma desea alguna cosa el cuerpo adquiere más agilidad y se siente más propicio á moverse que cuando no tiene ningún deseo. Además, cuando el cuerpo adquiere esa agilidad y esa disposición, son más fuertes y ardientes los deseos del alma.

ART. 112. Cuáles son los signos exteriores de estas pasiones.

Lo que he dicho sirve para explicar la causa de las diferencias del pulso y de las demás propiedades que he atribuído á estas pasiones, y no creo necesario detenerme más en la explicación. He expuesto todo lo que en una de ellas se puede observar cuando va sola y que sirve para conocer los movimientos de la sangre y de los espíritus que los producen. Quedan todavía por explicar varios signos exteriores que acompañan á las pasiones y que pueden observarse mejor cuando se mezclan que cuando se presentan por separado. Los signos principales son las particularidades de los ojos y del rostro, los cambios de color, los temblores, la languidez, el desmayo, la risa, las lágrimas, los gemidos y los suspiros.

ART. 113. Las particularidades de los ojos y del rostro.

Todas las pasiones se manifiestan ó declaran en los ojos; el más estúpido de los criados nota en la mirada de su señor si está irritado ó de buen humor. Pero si es fácil percibir esos fenómenos que se producen en los ojos, es bastante difícil describirlos, porque cada uno se compone de varios cambios en el movimiento y en la figura del ojo, cambios tan pequeños y particulares que no se pueden observar separadamente aunque sea relativamente fácil percibir el conjunto.

Casi lo mismo podemos decir de las particularidades del rostro que acompañan á las pasiones; aunque son más perceptibles que las de los ojos, también es difícil

distinguir las, porque se diferencian entre sí muy poco y hay personas que tienen casi la misma expresión cuando ríen que cuando lloran. Algunas, sin embargo, se notan fácilmente, por ejemplo ; las arrugas de la frente, en la cólera, y ciertos movimientos de la nariz y de los labios, en la indignación y en la burla; mas no parecen ser tan naturales como voluntarias. Por lo general, estos fenómenos, tanto los de los ojos como los del rostro, pueden ser cambiados por el alma, cuando queriendo ocultar una pasión finge la contraria. Esas particularidades declaran las pasiones y sirven también para ocultarlas.

ART. 114. De los cambios de color.

No podemos tan fácilmente impedir que enrojezcamos ó palidezcamos cuando alguna pasión á ello nos dispone, porque estos cambios no dependen de los músculos y nervios, como los precedentes, sino que vienen inmediatamente del corazón, el cual es fuente de las pasiones en cuanto es el órgano que prepara á la sangre y á los espíritus para que las produzcan.

El color del rostro proviene de la sangre que pasando continuamente del corazón á todas las venas por el intermedio de las arterias, y de todas las venas al corazón, colora el rostro más ó menos, según llene más ó menos las pequeñas venas situadas cerca de la superficie.

ART. 115. Cómo hace enrojecer la alegría.

La alegría hace el color del rostro más vivo y rojo porque al abrirse las esclusas del corazón la sangre pasa á las venas con más rapidez, y como, se hace más cálida y sutil, infla las facciones dándoles un aspecto alegre y sonriente.

ART. 116. Cómo hace palidecer la tristeza.

La tristeza estrecha los orificios del corazón y la sangre pasa á las venas con más lentitud; como es

más fría y espesa ocupa menos espacio, se retira á las venas más anchas, que son las más próximas al corazón y abandona las más lejanas, y como las más visibles de estas últimas son las del rostro, este adopta un aspecto pálido y descarnado, principalmente cuando la tristeza es grande ó sobreviene rápidamente, como en el espanto cuya sorpresa aumente la opresión del corazón.

ART. 117. Cómo, á veces, se enrojece estando triste.

Ocurre con ofrecuencia que no palidecemos estando tristes y sí enrojecemos, lo cual debe ser atribuído á otras pasiones que se unen á la tristeza, al deseo y en ocasiones al odio. Estas pasiones calientan, agitan la sangre que viene del hígado, de los intestinos y de otras partes interiores, la empujan al corazón y de éste pasa, por la gran arteria, á las venas del rostro sin que la tristeza que oprime los orificios del corazón pueda impedirlo, excepto cuando es muy grande. Pero, aunque no sea más que regular, impide fácilmente que la sangre que ha llegado á las venas del rostro, descienda al corazón, mientras el amor, el deseo ó el odio, empujen sangre procedente de las partes interiores y que se dirige al corazón. La sangre detenida en el rostro lo enrojece más que cuando está alegre porque el color de la sangre parece tanto mejor cuanto menos rápida corre. En la vergüenza, compuesta del amor propio y del deseo imperioso de evitar la infamia presente, la sangre se dirige de las partes interiores al corazón y de éste al rostro por la arterias, sirviendo una tristeza no muy grande, para impedir que esa sangre vuelva al corazón. Cosa análoga ocurre cuando se llora, porque el amor unido á la tristeza es el que causa la mayor parte de las lágrimas. Lo mismo ocurre en la cólera, porque á un pronto deseo de venganza se unen el amor, el odio y la tristeza.

ART. 118. De los temblores.

Los temblores tienen dos causas distintas : la primera consiste en que á veces los nervios reciben del

cerebro muy pocos espíritus; y la segunda que reciben demasiados para poder cerrar con precisión los pasos de los músculos, que, según, lo que hemos dicho en el artículo 11, deben ser cerrados para determinar los movimientos de los miembros. La primera causa aparece en la tristeza y en el miedo, y también cuando se tiembla de frío, porque esas pasiones, lo mismo que la frialdad atmosférica, pueden espesar la sangre de tal modo que no proporcione al cerebro el suficiente número de espíritus para enviarlos á los nervios. La otra causa se da en los que desean ardientemente alguna cosa, en los arrebatados por la cólera y en los beodos, porque esas dos pasiones y el vino hacen ir tantos espíritus al cerebro que no pueden ser conducidos á los músculos ordenadamente.

ART. 119. De la languidez.

La languidez es la disposición, á cansarse y estar sin movimiento, sentida en todos los miembros. Procede lo mismo que el temblor, de que no va á los nervios suficiente número de espíritus; pero hay que observar una diferencia: en el temblor no hay bastante número de espíritus por obedecer á las determinaciones de la glándula cuando los empuja en dirección de algún músculo; en cambio, la languidez proviene de que la glándula no los determina á dirigirse á unos músculos con preferencia á otros.

ART. 120. Cómo la pasión es causada por el amor y el deseo.

La pasión que causa más frecuentemente este efecto es el amor, unido al deseo de una cosa cuya adquisición la imaginamos como imposible en el tiempo presente. El amor ocupa de tal modo el alma al considerar el objeto amado, que emplea todos los espíritus del cerebro para representar su imagen y detiene todos los movimientos de la glándula que no sirven á este efecto. Respecto al deseo, he de advertir que la piedad que le ha atribuído de comunicar al cuerpo mayor movilidad

no le conviene más que cuando se imaginen el objeto deseado de tal modo que desde aquel mismo momento puede intentar algo para adquirirlo; pero si se imagina el objeto como de adquisición imposible, toda la agitación del deseo queda en el cerebro sin pasar á los nervios y empleada por completo en fortificar la idea del objeto deseado deja al cuerpo en el estado de languidez que he definido.

ART. 121. Que puede ser causada por otras pasiones.

Verdad es que el odio, la tristeza, y hasta la alegría, pueden causar también alguna languidez cuando su violencia es muy grande, á causa de que ocupan el alma por completo en la consideración de su objeto, principalmente cuando á ella va unido el deseo de adquirir una cosa que no puede ser adquirida en el tiempo presente.

La languidez es más propia del amor que de las otras pasiones, porque el alma se detiene más en la consideración de los objetos á que quiere unirse que en la de aquellos otros que rechaza. Además, la languidez no depende de una sorpresa, pues requiere algún tiempo para formarse.

ART. 122. Del desmayo.

El desmayo no está muy lejos de la muerte. Morimos cuando el fuego del corazón se apaga por completo, y nos desmayamos cuando ese fuego es ahogado de tal manera que aun quedan algunos restos de calor que pueden reanimarlo. Hay varias indisposiciones del cuerpo que producen el desmayo; pero entre las pasiones, sólo hay una, la extrema alegría, que pueda producirlo. Veamos cómo: los orificios del corazón se abren extraordinariamente y la sangre de las venas entra de repente en tan gran cantidad que no puede ser rarificada por el calor con la suficiente rapidez para levantar las teléculas que cierran las entradas de esas venas. La sangre ahoga el mismo fuego que alimenta

cuando entra en el corazón con el orden requerido para la normalidad de la función.

ART. 123. Porqué no nos desmayamos de tristeza.

Parece que una tristeza muy grande que sobreviene inesperadamente debía cerrar los oficios del corazón de tal manera que apagara el fuego; y, sin embargo, se observa que esto no ocurre y si ocurre es muy raro. La razón consiste en que es imposible que haya tan poca sangre en el corazón que no baste para sostener el calor cuando los orificios están casi cerrados.

ART. 124. De la risa.

La risa se produce porque la sangre que viene de la cavidad derecha del corazón por la vena arterial infla los pulmones súbitamente y en diferentes veces y hace que el aire que contienen salga con impetuosidad y forme en la garganta una voz inarticulada y estallante. Tanto los pulmones al inflarse como el aire al salir, empujan los músculos del diafragma, del pecho y del cuello por medio de los cuales mueven los del rostro que guardan con los primeros alguna relación. Á este movimiento del rostro, unido á la voz inarticulada y estallante se llama risa.

ART. 125. Porqué no acompaña á las grandes alegrías.

La risa es una de los principales signos de alegría, y, sin embargo, cuando se está extraordinariamente alegre no se ríe. La razón de esta contradicción aparente consiste en que en las grandes alegrías el pulmón está tan lleno de sangre que no puede inflarse más del modo apropiado para causar la risa.

ART. 126. Cuáles son sus principales causas.

Sólo dos causas encuentro que pueden hacer que el pulmón se infle súbitamente de la manera expuesta. La

primera es la sorpresa de la admiración que unida á la alegría, abre tan rápidamente los orificios del corazón, que una cantidad de sangre, entrando de repente en su lado derecho por la vena cava, se rarifica, y pasando desde el corazón á la vena arterial infla el pulmón.

La otra causa es la mezcla de algún licor que aumenta la rarificación de la sangre. Propia para esto es la parte más movible y ligera de la sangre que procede del bazo, la cual, empujada al corazón por alguna pequeña emoción de odio, ayudada por la sorpresa de la admiración y mezclada con la sangre que viene de otros sitios del cuerpo, se dilata mucho más que de ordinario, del mismo modo que ciertos licores cuando están en el fuego se dilatan de repente, si en la vasija que los contiene se echa un poco de vinagre. La parte más movible y ligera de la sangre que viene del bazo, es de una naturaleza semejante á la del vinagre.

La experiencia nos muestra que en todos los encuentros que pueden ocasionar esa risa que proviene del pulmón, hay siempre algo de odio ó de admiración por lo menos.

Los enfermos del bazo suelen ser más tristes que los que disfrutan de buena salud; pero también, por intervalos, se sienten más alegres y más dispuestos á reir que los otros porque el bazo envía al corazón dos clases de sangre; una muy espesa y densa que causa la tristeza, y otra muy fluída y sutil que causa la alegría. Frecuentemente ocurre que después de haber reído mucho nos sentamos naturalmente inclinados á la tristeza. Este cambio depende de que se ha agotado la parte más fluída de la sangre del bazo y es la otra, la más densa, la que se dirige al corazón en aquel momento.

ART. 127. Cuál es su causa en la indignación.

¶ La risa que á veces acompaña á la indignación es por lo general artificiosa y fingida; pero cuando es natural parece que procede de la alegría que experimentamos al ver la impotencia del mal que nos indigna para ofendernos, ó de la sorpresa producida por

la novedad, ó por el inopinado encuentro de aquel mal; de suerte que la alegría, el odio y la admiración contribuyen á la risa.

Sin embargo, quiero creer que puede también ser producida sin ninguna alegría, por el solo movimiento de la aversión que envía al corazón sangre del bazo, y rarificada allí pasa al pulmón, inflándolo fácilmente al encontrarlo vacío; y generalmente, todo lo que puede inflar súbitamente el pulmón de esta manera, causa la acción exterior de la risa, excepto cuando la tristeza la cambia en gemidos y gritos que acompañan á las lágrimas. Á propósito de esto escribe Vives (1), hablando de sí mismo, que cuando él había pasado mucho tiempo sin comer, las primeras viandas que se llevaba á la boca le obligaban á reír. Ese fenómeno puede explicarse porque el pulmón, vacío de sangre por falta de alimentación, se infla por el primer jugo que pasa del estómago al corazón. El solo pensamiento de comer podía producir ese efecto antes de probar el primer bocado.

ART. 128. Del origen de las lágrimas.

La risa nunca es producida por las grandes alegrías; las lágrimas no proceden tampoco de la extrema tristeza, porque la que da lugar al llanto no es grande puesto que va acompañada ó seguida de algún sentimiento de amor y aun de alegría. De nuestro cuerpo sale continuamente una gran cantidad de vapores pero de ninguna parte de él salen tantos como de los ojos, á causa del tamaño de los nervios ópticos y de la multitud de pequeñas arterias que son los conductos de las lágrimas. El sudor se compone de los vapores que salen de todas las partes del cuerpo y que al llegar á la superficie se convierten en agua. Del mismo modo, las lágrimas se forman de los vapores que salen de los ojos.

(1) Vives es uno de los autores de la reacción contra Aristóteles y la escolástica. Fué amigo de Erasmo y Budé. La principal de sus obras es un comentario á la « Ciudad de Dios » de San Agustín.

ART. 129. Cómo se convierten los vapores en agua.

Al explicar en los *Meteoros* cómo los vapores del aire se convierten en lluvia, dije que este cambio se debía á que están menos agitados y son más numerosos que de ordinario. Así, cuando los vapores que salen del cuerpo están mucho menos agitados que la mayoría de las veces, aunque no sean tan abundantes, no dejan de convertirse en agua, produciendo los sudores fríos que nos sobrecojen de debilidad cuando estamos enfermos. Cuando los vapores son mucho más abundantes, aunque no estén más agitados, se convierten en agua, produciendo el sudor que surca nuestra frente después de un esfuerzo. Entonces no sudan los ojos porque durante los ejercicios del cuerpo, la mayor parte de los espíritus han ido á los músculos que sirven para moverle, y muy pocos se han dirigido á los ojos por el nervio óptico.

Una misma materia es la que compone la sangre, mientras está en las venas ó en las arterias, los espíritus, cuando están en el cerebro, en los nervios ó en los músculos, y los vapores, cuando salen en forma de aire, así como el sudor ó las lágrimas, cuando se espesan en agua sobre la superficie del cuerpo ó de los ojos.

ART. 130. Cómo lo que produce dolor en el ojo le excita á llorar.

Dos causas son las que hacen que los vapores que salen de los ojos se conviertan en lágrimas :

La primera consiste en la modificación que cualquier accidente puede producir en la figura de los poros por donde pasan las lágrimas; porque esta modificación, retardando el movimiento de los vapores y cambiando su orden puede hacer que se conviertan en agua. Una pajita que se introduzca en el ojo basta para hacer salir las lágrimas, porque el dolor altera la disposición de los poros; algunos se estrechan y los vapores pasan por ellos con menos rapidez y si antes salían á igual distancia unos de otros y quedaban separados, al turbarse

el orden de sus poros se encuentran, se unen y se convierten en lágrimas.

ART. 131. Cómo se llora de tristeza.

La otra causa es la tristeza seguida de amor ó de alegría, ó de otro acto que hace que el corazón arroje mucha sangre á las arterias.

La tristeza es necesaria en este caso, por que al enfriar la sangre estrecha los poros de los ojos; pero, como á medida que los estrecha disminuye la cantidad de vapores á los que deben dar paso, no se producen las lágrimas si esos vapores no son aumentados por alguna otra causa; para esto nada más á propósito que la sangre enviada al corazón en la pasión del amor. También observamos que los que están tristes no vierten lágrimas continuamente, sino por intervalos, cuando hacen alguna nueva reflexión sobre el objeto amado.

ART. 132. De los gemidos que acompañan á las lágrimas.

Cuando los pulmones se inflan de repente por la abundancia de sangre que entra en ellos y arroja afuera el aire que contienen, éste al salir por la garganta engendra los gemidos y los gritos que acompañan á las lágrimas. Esos gritos son, por lo general, más agudos que los de la risa, aun siendo producidos del mismo modo.

Los nervios que sirven para ensanchar ó estrechar los órganos de la voz, haciéndola más grave ó más aguda están unidos á los que abren los orificios del corazón en la alegría y los cierran en la tristeza. Por tal causa, esos órganos se ensanchan y estrechan al mismo tiempo.

ART. 133. Porqué los niños y los viejos lloran más fácilmente.

Los niños y los viejos tienen más predisposición al llanto por diversas razones. Los viejos suelen llorar de alegría y de enternecimiento, porque estas dos pasiones

envían mucha sangre á su corazón y muchos vapores á sus ojos, y la agitación de los vapores se retarda de tal manera por la frialdad natural de la vejez, que se convierten en lágrimas con mucha facilidad aunque la tristeza no haya tenido parte en ello. Si hay viejos que lloran de disgusto, débese esto más que al temperamento de su cuerpo al de su espíritu que los dispone al llanto. Ocurre esto, por lo general, á los que son muy débiles y se dejan dominar por dolores y temores sin importancia.

Los niños no lloran de alegría y sí de tristeza aun cuando no vaya acompañada del amor, porque tienen siempre bastante sangre para producir muchos vapores, cuyo movimiento al ser retardado por la tristeza hace que se conviertan en lágrimas.

ART. 134. Porqué palidecen algunos niños en lugar de llorar.

Algunos niños cuando se disgustan se ponen pálidos en lugar de llorar, lo cual puede acusar en ellos una reflexión ó un valor extraordinarios, en el caso de que consideren la importancia del mal y se preparen á resistirlo como hacen las personas mayores. Puede ser también — y lo es con frecuencia — una muestra de malos sentimientos en el caso de que se inclinen naturalmente al odio ó al miedo, porque estas son pasiones que disminuyen la materia de las lágrimas. Los que lloran con facilidad tienen tendencia al amor y á la piedad.

ART. 135. De los suspiros.

La causa de los suspiros es muy diferente de la de las lágrimas, aunque como éstas presupongan la tristeza. Se llora cuando los pulmones están llenos de sangre y se suspira cuando están vacíos y algún pensamiento de esperanza ó alegría abre el orificio de la arteria venosa, que había estrechado la tristeza. Entonces la poca sangre que queda en los pulmones cae de repente, por esa arteria venosa, en el lado izquierdo del corazón. La alegría agita al mismo tiempo todos los

músculos del diafragma y del pecho; el aire entra en la boca y se dirige á los pulmones para ocupar el lugar que deja la sangre. En esto consiste el suspirar.

ART. 136. De dónde proceden los efectos de las pasiones que sólo se dan en ciertos hombres.

Á fin de expresar en pocas palabras todo lo que podría añadir aquí, relativo á los diversos efectos y causas de estas pasiones, me limitaré á repetir el principio en que se apoyan todas las afirmaciones que he hecho en el curso de este trabajo. Hay tal unión entre el espíritu y el cuerpo que cuando unimos alguna acción corporal con algún pensamiento, no se presenta aquélla sin éste y viceversa. Observemos también que no siempre las mismas acciones corporales se unen á los mismos pensamientos. Basta esto para comprender la razón de lo que, relacionado con esta materia, podemos notar de particular en nosotros ó en los demás. Pongamos un ejemplo : una persona no puede soportar el olor de las rosas, la presencia de un gato ó cosas semejantes; fácil es suponer que esa persona en los comienzos de su vida sufrió algún contratiempo causado por esos objetos ó que lo sufrió su madre estando embarazada. Es indudable que existe cierta relación entre todos los movimientos de la madre y los del hijo que lleva en el vientre. El olor de las rosas puede causar á un niño un gran dolor de cabeza ó un gato puede producirle una fuerte sensación de espanto; pues bien, aun cuando, al llegar á hombre maduro no conserve memoria de esos dos hechos de su infancia, la idea de la aversión á las rosas y al gato se imprimió con tal energía en su cerebro que le acompaña toda la vida.

ART. 137. Oficio de las cinco pasiones explicadas en los artículos anteriores, en cuanto se relacionan con el cuerpo.

Después de haber dado las definiciones del amor, del odio, del deseo, de la alegría y de la tristeza, y después de tratar de los movimientos corporales que las causan

ó acompañan, debemos ocuparnos del oficio que desempeñan.

Según la institución natural de las pasiones, todas ellas se refieren al cuerpo y sólo han sido dadas al alma en tanto esté unida á él; de suerte, que su oficio natural consiste en incitar al alma á consentir y contribuir á los actos que sirvan para conservar el cuerpo ó perfeccionarlo de algún modo. En este sentido las que primero se emplean son la tristeza y la alegría. El alma es inmediatamente advertida de las cosas que perjudican al cuerpo, por la sensación del dolor, que produce, primero la pasión de la tristeza, luego el odio á lo que causa el dolor, y finalmente, el deseo de librarse de él.

Es advertida inmediatamente de las cosas útiles al cuerpo por una sensación de complacencia que excita en el espíritu la alegría, hace nacer el amor por lo que la causa, y el deseo de adquirir algo que sirva para que continúe la alegría ó se produzca después otra semejante.

Las cinco pasiones son muy útiles al cuerpo, y en cierto modo, la tristeza y el odio están primero y son más necesarias que la alegría y el amor, puesto que es más importante rechazar las cosas que nos perjudican que adquirir las que añaden alguna perfección, sin la cual podemos subsistir.

Art. 138. De sus defectos y medios de corregirlos.

El papel que las pasiones representan no puede ser más natural; los mismos animales irracionales conducen su vida por movimientos corporales semejantes á los que siguen á aquéllas.

Sin embargo, no siempre es buena la influencia de las pasiones porque hay muchas cosas nocivas al cuerpo que no causan al principio ninguna tristeza y hasta producen alegría; y hay otras, útiles, que al pronto nos parecen molestas.

Además, con mucha frecuencia, el influjo de las pasiones nos presenta lo mismo los bienes que los males con una extensión y una importancia que no tienen y como consecuencia de eso, buscamos los primeros y

huimos de los segundos con más vehemencia y temor que los exigidos por la realidad.

Para evitar estos peligros debemos servirnos de la experiencia y la razón á fin de distinguir el bien del mal y conocerlos en su justo valor. Así no los confundiremos y nos guardaremos de incurrir en exageraciones que pueden perjudicarnos.

ART. 139. Del oficio de las mismas pasiones en cuanto pertenecen al alma, y, particularmente, del amor.

Bastaría el examen que hemos hecho si el cuerpo fuera la mejor parte del ser humano; pero como no es así, tenemos que considerar las pasiones en cuanto pertenecen al alma, en cuyo respecto el amor y el odio proceden del conocimiento y preceden á la alegría y á la tristeza, excepto cuando éstas ocupan el lugar del conocimiento siendo como dos especies del mismo.

Cuando el conocimiento es verdadero, cuando las cosas que nos induce á amar son realmente buenas, y malas las que nos lleva á odiar, el amor es incomparablemente mejor que el odio, nunca será excesivo ni dejará de causarnos alegría. Nos perfecciona uniéndonos á verdaderos bienes. Nunca será excesivo porque aun cuando llegara á hacernos amar el bien tanto como á nosotros mismos, lejos de perjudicarnos, nos enaltecería moralmente. Va seguida siempre de la alegría porque nos representa las cosas que amamos como bienes que nos pertenecen.

ART. 140. Del odio.

El odio, en cambio, nunca es pequeño y nunca va sin la tristeza. Digo que nunca es pequeño porque aun en el caso de determinarnos á obrar por odio al mal — odio el más justificado — siempre se nos podría decir que es más legítimo determinarse á obrar por amor al bien. El odio al mal, manifestado por el dolor, es necesario al cuerpo; pero ahora hablo del que procede de un conocimiento claro y lo refiero al alma.

Digo que nunca va sin la tristeza, porque siendo el mal una privación no es posible concebirlo sin un sujeto real en el cual esté; todo lo real tiene alguna bondad, de modo que el odio que nos aleja de un mal, nos aleja también del bien á que va unido y como la privación de este bien se aparece al alma como un defecto que la pertenece, excita en ella la tristeza. Por ejemplo: el odio que nos aparta de las malas costumbres de una persona, nos aparta también de su conversaci3n que como es culta y amena nos agrada; el privarnos de esa conversaci3n nos disgusta porque nos parecía un bien. Véase, pues, cómo en el odio hay siempre algo de tristeza.

ART. 141. Del deseo, de la alegríay de la tristeza.

El deseo no puede ser malo cuando procede de un conocimiento verdadero y no es excesivo. La alegríay es buena y mala, la tristeza porque en ésta consiste toda la molestia que al alma causa el mal y en la primera consiste todo el goce del bien que la pertenece. Si careciéramos de cuerpo, diría que podíamos abandonarnos en absoluto al amor, y á la alegríay evitar con el mayor cuidado la más leve sombra de odio ó tristeza; pero los movimientos corporales que acompañan á estas pasiones son nocivos á la salud si la violencia con que se verifican es muy grande, y muy útiles si son moderados.

ART. 142. De la alegríay el amor comparados con la tristeza y el odio.

Si el odio y la tristeza deben ser rechazados por el alma cuando procedan de un conocimiento verdadero, con mayor motivo lo serán si los ha producido una falsa idea.

Podemos dudar de la bondad del amor y la alegríay cuando estén mal fundados. Si los consideramos en relación con el alma, no hay inconveniente en afirmar que aun siendo menos firme la alegríay menos elevado el amor, cuando están mal fundados, son preferibles

á la tristeza y al odio mal fundados también; de suerte, que en el caso de que no podamos evitar el peligro de equivocarnos, obraremos mucho mejor inclinándonos á las pasiones que tienden al bien que las que tienden al mal. Una falsa alegría vale más, por lo general, que una tristeza verdadera. No me atrevo á decir lo mismo del amor con respecto al odio; si este es justo nos separa del sujeto que contiene el mal que debemos evitar; en cambio, si el amor es injusto nos une á cosas malas ó que no merecen nuestra consideración so pena de rebajarnos y envilecernos.

ART. 143. De las mismas pasiones en relación con el deseo.

Es necesario tener en cuenta que lo que acabo de decir sobre las cuatro pasiones sólo debe aplicarse cuando las consideremos en sí mismas y cuando no nos determinen á realizar ningún acto; porque si exciten en nosotros el deseo por cuyo intermedio regulan nuestras costumbres, las que provengan de una falsa opinión nos perjudicarán y las fundadas en una causa nos serán muy útiles. Cuando la alegría y la tristeza están mal fundadas, la primera es más funesta que la segunda porque ésta dispone á la prudencia y aquella á la irreflexión y á la temeridad.

ART. 144. De los deseos cuya realización depende de nosotros.

Las pasiones nos mueven á la acción por el intermedio del deseo que excitan. Por esta razón debemos cuidar de regular ese deseo, en eso consiste la principal utilidad de la moral.

El deseo es bueno si tiene su origen en un conocimiento verdadero y es malo si se funda en algún error.

Una equivocación muy extendida es la de no distinguir las cosas que dependen de nosotros, de las que están fuera de nuestro alcance. Quanto á las primeras, basta que sean buenas para que nunca sea excesivo el ardor que pongamos en desearlas, porque hacer las cosas buenas que de nuestra voluntad dependen, es la virtud

y nunca desearemos la virtud con excesiva vehemencia. Por lo general se desea con bien poco y esto es lo que hay que tratar de evitar. El remedio consiste en libertar el espíritu de otros deseos menos útiles y conocer claramente y considerar con atención la bondad de lo que se ha de desear.

ART. 145. De los que dependen de otras cosas, y qué es la fortuna.

Nunca debemos desear con pasión las cosas que no dependen de nosotros, por buenas que sean, no sólo porque si no se realizan nos afligimos tanto más cuanto más las hemos deseado, sino también, porque ocupan nuestro pensamiento y lo apartan de otras cosas cuya adquisición depende de nosotros. Hay dos remedios generales contra estos vanos deseos: la generosidad, de la cual hablaré después, y una atenta reflexión sobre la providencia divina, y así comprenderemos que es imposible que las cosas ocurran de un modo distinto al dispuesto en la eternidad por esa divina providencia; de tal suerte que es como una fatalidad ó necesidad inmutable, opuesta á la fortuna, quimera engendrada por el error.

No podemos desear más que lo que estimamos posible y no podemos estimar posibles las cosas que no dependen de nosotros á no ser que pensemos que dependen de la fortuna, es decir, que pueden ocurrir y que han ocurrido otras parecidas. Se basa esta opinión en que no conocemos todas las cosas que contribuyen á cada efecto. Si una cosa, de las que creemos que dependen de la fortuna no se realiza, es que ha faltado alguna de las causas necesarias para producirla y por consecuencia era imposible. No estimando posible lo imposible nos evitaremos deseos que sólo males nos reportan.

ART. 146. De los que dependen de nosotros y de otros.

Es preciso rechazar la opinión vulgar de que hay fuera de nosotros una fortuna que hace, á capricho, que las cosas se verifiquen ó no se verifiquen. Son de tal

modo infalibles é inmutables los eternos decretos de la divina providencia, que exceptuadas las cosas que ella ha querido someter á nuestra voluntad, debemos pensar que nada ocurre que no sea necesario y como fatal, de manera que sólo erróneamente podemos desear que las cosas se verifiquen de distinto modo al establecido por la causa suprema.

La mayor parte de los deseos se refieren á cosas que no dependen por completo de nosotros ni de otros; y por eso debemos distinguir en ellas lo que depende de nosotros á fin de marcar un límite á nuestro deseo. Cuanto á lo que está á otros sometido, debemos considerarlo como fatal é inmutable para que nuestro deseo no se ocupe de ello, sin que esto quiera decir que no hemos de considerar las razones que hay para que la cosa se realice ó no, porque estas razones pueden servir para regular nuestros actos. Por ejemplo: si tenemos que hacer en algún sitio al cual podemos ir por dos caminos distintos, más seguro uno que otro — aunque la Providencia haya dispuesto que aquel día nos roben en el camino más seguro y no nos ocurra nada en el sospechoso — no debemos elegir indiferentemente, por creer que así acatamos respetuosos los designios de la Providencia.

La razón exige queelijamos el camino más seguro; si algo malo nos ocurre no tendremos la culpa porque era inevitable y sí la satisfacción de haber hecho cuanto nos era posible para aumentar las probabilidades de que nada malo nos pasara.

Lo cierto es que cuando nos acostumbramos á distinguir de una manera prudente los deseos que podemos realizar de aquellos otros cuya efectividad no depende de nuestra voluntad, tenemos todo lo que queremos porque nunca aspiramos á las cosas que están fuera de nuestro alcance.

ART. 147. De las emociones interiores del alma.

Voy á exponer aquí una consideración que puede sernos útil para evitar en parte la molestia que nos causan las pasiones. Nuestro bien y nuestro mal dependen

principalmente de las emociones suscitadas en el alma por el alma misma y en esto se diferencian de las pasiones que dependen siempre de algún movimiento de los espíritus; y aunque esas emociones se unen generalmente á las pasiones semejantes á ellas, pueden unirse á otras diferentes y aun nacer de las que les son completamente opuestas. Por ejemplo : un marido llora la muerte de su mujer y, sin embargo, no quisiera verla resucitar; su corazón está oprimido por la tristeza de los funerales y de la desaparición de una persona á cuya conversación estaba acostumbrado; algunos restos de amor ó piedad hacen asomar las lágrimas á sus ojos; y á pesar de todo ello, siente en el fondo del alma una secreta alegría cuya fuerza no pueden disminuir la tristeza y las lágrimas que la acompañan. La lectura de aventuras extraordinarias ó su representación en el teatro excita en nosotros unas veces la tristeza, otras la alegría, en ocasiones el amor, el odio ú otra pasión cualquiera, según la diversidad de objetos que se ofrecen á nuestra imaginación; pero siempre sentimos el placer de que estas emociones se produzcan en nosotros. Esa alegría intelectual lo mismo puede proceder de la tristeza que de las demás pasiones.

ART. 148. Que el ejercicio de la virtud es el mejor remedio contra las pasiones.

Las emociones tienen sobre nosotros tal poder que exceden al de las pasiones á que van unidas; pero si el alma está contenta en su interior, nada que venga del exterior puede dañarla, porque sabe que es impotente contra ella y conoce su propia perfección. Para que el alma esté contenta de sí misma no tiene más que practicar la virtud. El que ha vivido de tal modo que su conciencia no puede acusarle de no haber hecho alguna vez lo que creía mejor (á esto llama practicar la virtud) recibe constantemente una satisfacción tan poderosa para hacerle feliz, que los más violentos esfuerzos y pasiones no turban la tranquilidad de su alma.